

LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO PSICOSOCIAL.¹

Autor: Carlos Arango Cálad².

Asumir la existencia de un pensamiento psicosocial y pretender describir la historia de su gestación es una aventura de revisión teórica y de interpretación que se ha hecho necesaria en la medida en que el uso del término psicosocial, se ha constituido en un imperativo impuesto por la ley para los funcionarios públicos de las instituciones colombianas relacionadas con la protección social y la salud. Este imperativo debe ser resuelto y atendido profesionalmente, para dar respuesta a las urgentes demandas de atención a las víctimas del conflicto armado. Esta coyuntura histórica nos obliga a contribuir en la difusión del pensamiento psicosocial existente para responder a las necesidades de atención psicosocial en los diversos contextos problemáticos del país.

Comprender psicosocialmente un fenómeno o una situación es una manera de acercarse a la realidad que se ha venido concretando de manera cada vez más explícita a lo largo de más de cien años de historia. Es una manera de interpretar, conocer y transformar la realidad social y cultural.

Esa manera se refiere explícitamente a que para entender una situación y resolver un problema humano, es necesario acceder a los significados que la situación tiene para las personas que la viven y reconocer las maneras en que esas personas se relacionan o interactúan para que eso suceda así. Dicho de otra manera, es una perspectiva que nos permite comprender de qué manera construimos la realidad que nos rodea y cómo las maneras en que nos relacionamos en cada contexto están mediando en el resultado. Se presume entonces, que la realidad es una construcción social que emerge de las relaciones entre las personas, a la vez que como personas nos construimos a nosotros mismos. Esta comprensión nos permite tomar distancia de la idea de que la realidad está dada objetivamente, independientemente de las personas que la están viviendo, por lo que nos da elementos para reflexionar críticamente frente a ella y así encontrar opciones de cuestionamiento, cambio y transformación.

¿Desde dónde dar comienzo a la historia del pensamiento psicosocial? Si bien puede asumirse que los seres humanos hemos construido realidades, culturas, sociedades y formas de conocimiento diferentes desde los primeros estadios evolutivos que hicieron de la especie humana un ser consciente y reflexivo, la idea de que el ser humano construye su realidad y se construye a sí mismo a partir de sus relaciones tal vez es de reciente aparición, así como la idea de que en las relaciones sociales y su transformación se encuentra la clave para la transformación de las situaciones y la solución de los problemas. Para hacer este ejercicio interpretativo partiremos estratégicamente del momento histórico de la Ilustración donde se plantearon algunas ideas cruciales. Posteriormente retomaremos el fenómeno de la revolución industrial como punto de arranque para tematizar el desarrollo del pensamiento psicosocial y estableceremos una diferenciación entre el periodo de la modernidad y el de la posmodernidad como supuestas “etapas” históricas que nos sirven de categorías estratégicas de reflexión y análisis.

¹ Cómo citar: Arango, C. (2020). Historia del pensamiento psicosocial. Biblioteca de Psicología Comunitaria, Expedición Psicosocial Colombiana <https://colombiapsicosocial.com/wp-content/uploads/2020/08/Arango-Historia-Pensamiento-Psicosocial.pdf>

² Carlos Arango Cálad. Ph.D. Psicología Social y de las Organizaciones. Ms.Sc. Psicología Comunitaria. E-mail: carlosarango68@gmail.com

En el Siglo XVIII (1700) a partir de los avances científicos aportados por Galileo, Newton y otros, se genera un movimiento de debate entre las ideas que proviene del renacimiento. En el contexto de las relaciones sociales de confrontación entre una burguesía en ascenso y una clase noble aristocrática y feudal se genera un clima de reflexión y crítica que da lugar a la generación del proyecto de la Ilustración. Entre algunos de los actores destacados que podríamos nombrar están: Descartes y su defensa del racionalismo en el método de la ciencia, Montesquieu y el concepto del estado, Voltaire y sus planteamientos sobre la libertad, el progreso y la democracia, Locke y sus aportes sobre la igualdad, la libertad civil y económica dando origen al liberalismo. Comte y su defensa de la ciencia positiva y Newton con su visión mecanicista del hombre y la naturaleza. Las características básicas de la ilustración son el antropocentrismo, el racionalismo, el hipercriticismo, el pragmatismo, el liberalismo, el idealismo y el universalismo.

Es todo un movimiento social e intelectual basado en los debates de las clases burguesas y aristocráticas donde se está construyendo una nueva concepción del mundo en la que el hombre como especie está en el centro de la discusión.

Identifico en el contexto de esta discusión dos ideas centrales que podrían proponerse como las que dan origen al pensamiento psicosocial. Ellas son: la idea de que el ser humano debe usar su razón de una manera autónoma como guía de su accionar, y la idea de que el ser humano no debe ser pensado como un individuo aislado sino que lo que lo hace humano es el hacer parte de una colectividad.

Con respecto a la demanda de que el ser humano debe usar su razón para orientarse nos apoyamos en la propuesta de Emanuel Kant cuando caracteriza el movimiento de la Ilustración afirmando: “La ilustración significa el abandono del hombre de una infancia mental de la que él mismo es culpable. Infancia es la incapacidad de usar su propia razón sin la guía de otra persona. Esta puericia es culpable cuando su causa no es la falta de inteligencia, sino la falta de decisión o de valor para pensar sin la ayuda ajena. <Sapere Aude: atreverse a saber> He aquí la divisa de la ilustración.” (Kant, 1989)

Implícita en esta afirmación se encuentra la idea de la libertad de pensamiento y de la responsabilidad del ser humano frente a sus actuaciones. Surge en este movimiento el racionalismo entendido como el imperio de la razón, que dio lugar a la idea de que la realidad puede ser conocida desde el entendimiento humano. Se crea el absolutismo de la razón y del conocimiento frente a la ignorancia y el absolutismo de las monarquías. Mediante la razón se puede instaurar el progreso y se fundamentan las instituciones y las leyes, a la vez que se puede construir el paraíso en la tierra. Es importante destacar en este punto que se señala una potencialidad del individuo, dando lugar al pensamiento liberal del individualismo.

Por otra parte hubo rechazo a esta visión del individuo, y se comenzó a postular el carácter social del ser humano y el papel que la comunalidad representa como condición esencial del ser humano. En particular en el pensamiento de Jean-Jacques Rousseau expresado en su obra “El Contrato Social” manifiesta cómo el hombre civilizado se percibe a sí mismo como parte de una colectividad y desarrolla la idea del bien común, como una dimensión, que hoy llamaríamos psicosocial, que se impone a los individuos y regula sus relaciones: «Cada uno de nosotros pone en común su persona y todo su poder bajo la suprema dirección de la voluntad general; y cada miembro es considerado como parte indivisible del todo» (Rousseau, 1762). Es curioso encontrar en la lectura de su pensamiento cómo hace una temprana fenomenología de la situación de interacción entre los

humanos; en el “Origen de la desigualdad entre los hombres”, afirma: “tal es, en efecto, la causa de todas estas diferencias: el salvaje vive para sí mismo; el hombre social, siempre fuera de sí, no sabe vivir más que en la opinión de los demás; y de ese único juicio deduce el sentimiento de su propia existencia” (Rousseau,1959). Se recrea en la descripción de cómo las situaciones cotidianas definen el comportamiento de una persona ante los demás. “El hombre civilizado, motivado por un deseo de ser superior a los otros, crea una especie de antifaz que le presenta al mundo, con el propósito de crear distinción entre ellos y los demás” (Dent, 2005)

La idea de que el ser humano lo es tal por anteponer ante sí mismo la voluntad general o el bien común, dando origen al fundamento de lo social y al diseño de las sociedades mediante el contrato social le abre paso no solamente a la idea de la democracia sino a la posibilidad de pensar diversas formas de sociedad y de comunidad.

Se instaura así desde la época de la ilustración el gran debate entre individualismo y colectivismo donde la manera de entender las relaciones sociales entre los seres humanos se constituye en el centro de las discusiones sobre el ideal de vida social.

A partir del movimiento de la Ilustración se produjeron tres revoluciones: la revolución americana que aportó la primera constitución nacional, la revolución francesa con la declaración de los derechos humanos y finalmente la revolución industrial que dio paso a la modernidad.

El contexto de la Modernidad

Cuando hablamos del surgimiento de la Modernidad en la historia social usualmente nos referimos al cambio de la mentalidad medieval hacia un pensamiento racional y una mirada de la realidad como una gran máquina que era susceptible de ser conocida y controlada. En la época medieval la realidad estaba establecida por mandato divino, claramente custodiada por los reyes y monarcas, los señores feudales y las grandes religiones que como instituciones definían lo que podría ser dicho y pensado. En el período del iluminismo, el ser humano comenzó a destacarse en el escenario como un ser racional, capaz de cuestionarse sobre la naturaleza de la realidad, y de dudar sobre las verdades establecidas en la biblia y los libros sagrados y en su lugar establecer las bases del pensamiento científico. La invención de la imprenta acompañada de la importancia de aprender a leer y a interpretar la biblia jugó un papel importante en esta transformación de mentalidad. Se menciona el período del renacimiento como una recuperación del saber racional aportado por los griegos, conservado por los árabes y recuperado por los monasterios católicos. Con la Revolución Francesa se declaran los derechos del hombre, se destruyen numerosas monarquías y con la revolución napoleónica se construyen los estados y las instituciones modernas. La modernidad significa entonces unas instituciones comprometidas con el manejo racional y crítico de la cosa pública o el bien común, la instauración del pensamiento republicano y la democracia como el horizonte de gestión de las sociedades modernas.

De acuerdo a como nos lo describe Gergen, “defino el modernismo como una visión del mundo, una ideología global y un conjunto de prácticas culturales que extraen la mayoría de sus metáforas maestras del pensamiento occidental de los siglos XVI y XVII. Entonces se tenía tendencia –tal como sucede hoy- a hacer del cosmos una gigantesca máquina compuesta por elementos que se hallaban vinculados de modo sistemático entre sí, y el individuo, en la perspectiva moderna, era considerado como el sujeto que poseía la capacidad de conocer el cosmos de forma cada vez más precisa a través

de la observación racional de aquella máquina: el aumento previsible de las aptitudes de predicción y control parecía garantizar que la posibilidad de progreso era ilimitada. Este punto de vista, que sacraliza la mecánica, la individualidad psíquica, la objetividad, la racionalidad y el progreso, ha venido siendo desde la ilustración – desde el Siglo de las Luces- el de la mayoría de las instituciones y ha sido el que han adoptado nuestros gobernantes, nuestros educadores, nuestros juristas, etc.” (Gergen, 2006. Pag. 29)

En el contexto de la Modernidad identificamos tres momentos relacionados con el surgimiento y desarrollo del pensamiento psicosocial:

El surgimiento del pensamiento sociológico sobre las relaciones sociales en el siglo XIX.

El surgimiento de la Psicología Social en los primeros años del siglo XX y sus desarrollos hasta mediados del siglo.

La crisis de las ciencias sociales y la crisis de pertinencia de la Psicología social.

Finalmente exploraremos la situación del pensamiento psicosocial en el contexto de la sociedad posmoderna.

El pensamiento sobre las relaciones sociales en el siglo XIX.

En este contexto de racionalidad, ciencia y tecnología, surge el fenómeno de la industrialización como símbolo de la modernidad. El proceso de industrialización y modernización de la sociedad en el siglo XIX generó grandes migraciones de los campos a las ciudades generando desordenados procesos de urbanización, donde la vida comunitaria de los lugares de origen era reemplazada por una vida urbana centrada en el individualismo y la competitividad que se fundamentaba en el pensamiento liberal, ilustrado, racional e insolidario. Los valores tradicionales propios de las comunidades rurales cedieron su lugar a la irrupción de nuevos valores e ideas centradas en la autonomía del individuo, su capacidad racional para tener éxito en la vida. El desarrollo de la tecnología en la producción industrial abría múltiples posibilidades que llevaban a unos pocos a desarrollar grandes industrias y a unas mayorías a vender su fuerza de trabajo generándose una clase burguesa y una clase proletaria, que posteriormente sería tematizada por Carlos Marx en su magna obra El Capital (Marx, 1859) donde describe los procesos de industrialización acompañados de los procesos de explotación, alienación e ideologización de las clases sociales subalternas.

El proceso de industrialización de la sociedad dio origen a la sociología y a diversas corrientes del pensamiento social, algunas de ellas pueden ser presentadas como antecedentes del pensamiento psicosocial.

Tal vez fue a partir del pensamiento de Marx cuando se formuló por primera vez de manera explícita la tesis de que las relaciones sociales se encuentran en la base de la formación de la sociedad y de la conciencia. A este pensamiento se asocia la relación entre las relaciones sociales y los modos de producción, los conflictos de clases, la alienación y la producción de la conciencia y la ideología: “En la producción social de su vida, los hombres contraen determinadas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción, que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la superestructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se levanta

la superestructura jurídica y política y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material condiciona el proceso de la vida social, política y espiritual en general. No es la conciencia del hombre la que determina su ser sino, por el contrario, el ser social el que determina la conciencia” (Marx, 1859)

Encontramos aquí, en el pensamiento de Marx, tal vez la primera formulación planteada en la historia, de que es en el contexto de las relaciones sociales donde emerge una manera de ser consciente de la realidad, lo cual es un fundamento esencial y básico del pensamiento psicosocial.

Por otra parte, al proponer el método dialéctico como el nuevo método científico, se hace posible entender las relaciones sociales como un proceso histórico y dinámico que se despliega en el tiempo, que está vinculado a la praxis humana y que no es reductible a conceptos abstractos: “No se trata de interpretar la realidad sino de transformarla” (Fals-Borda, 1979)

El pensamiento de Marx generó grandes polémicas epistemológicas ya que por un lado propone la existencia de un determinismo socioeconómico basado en las relaciones de producción, por otra parte plantea la existencia de una relación dialéctica entre las relaciones sociales y la conciencia social que hace posible plantear la transformación de estas relaciones desde la lucha social. La conciencia de clase hace posible la transformación de las relaciones sociales y, por lo tanto, la transformación de la sociedad. Por un lado se habla de un determinismo mecanicista y por otro de una dialéctica de la realidad basada en la praxis y el devenir histórico.

Por otra parte Max Weber, contemporáneo de Marx, cuestiona el determinismo socioeconómico de Marx y sustenta el papel que juega la ideología compartida por un sector dominante en el desarrollo de dicha sociedad. Considera que “los valores éticos y religiosos del protestantismo son un factor crucial en la génesis del capitalismo occidental” (Musitu y Buelga, 2009). Esta convicción lo lleva a desarrollar toda una crítica epistemológica a las ciencias positivistas y proponer una mirada comprensiva e histórica de la realidad: “Para este autor, el modelo de las ciencias naturales no permite capturar el sentido subjetivo de la acción. La aplicación de una metodología naturalista y positivista en las ciencias sociales implica, por lo tanto, un problema de validez empírica. La creencia de que se puede deducir directamente el comportamiento desde principios puramente racionales es el grave error de las ciencias sociales (Weber, 1949; Musitu y Buelga, 2009). “La conducta humana significativamente interpretable (la acción) es identificable mediante referencia a valoraciones y significados. Por ello nuestro criterio para una explicación causal solamente queda satisfecho con la explicación histórica de tal entidad” (Weber, 1949)

Otro pensador contemporáneo de Marx que realizó un análisis importante del fenómeno de la industrialización de la sociedad fue Ferdinand Tonnies (1887-1979) quien “se interesó por las formas de relación que predominan en la sociedad preindustrial y en la sociedad moderna. Distingue entre Comunidad (Gemeinschaft) y Asociación (Gesellschaft). La transición de la sociedad tradicional rural a la sociedad moderna, modifica las formas de relación entre los individuos. Los vínculos sociales primarios y los tipos de relación directa propios de la comunidad se reemplazan por la asociación. El paso de la comunidad a la asociación supone el establecimiento de formas abstractas e instrumentales de relación, en las cuales los vínculos naturales y personales se substituyen por la lógica de mercado (Tonnies, 1887/1979; Musitu & Buelga, 2009). Encontramos en este pensador un aporte clave para el análisis de las relaciones sociales que hacen parte del pensamiento psicosocial actual. “La gran aportación de Tonnies estriba en haber resaltado la dimensión

psicosocial que emana de este tipo de organización social llamado comunidad. En este sentido se destaca la importancia de los vínculos personales próximos y afectivos, los intereses comunes, el sentimiento de pertenencia, la cohesión grupal, la cooperación y la solidaridad.(Musitu y Buelga, 2009).

Finalmente nos encontramos con el pensamiento de Emile Durkheim (1951) quien establece empíricamente las relaciones entre el fenómeno del suicidio y las relaciones de apoyo social. Tal vez es una de las primeras investigaciones que establece la relación entre las condiciones sociales y económicas de la sociedad y el estado psicológico de bienestar. Gracia y otros (1995) mencionan los estudios epidemiológicos de finales de siglo XIX y principios del XX sobre la influencia de los vínculos de apoyo social en la salud mental de las personas, y constataron las consecuencias negativas del aislamiento y la desintegración social en la salud y el ajuste social (Durkheim,1951; Thomas y Znaniecki,1920; McKenzie, 1926; Park y Burgess, 1926; Faris y Dunham,1939). Según esta revisión, en 1855 Edward Jarvis en un informe presentado al gobernador de Massachussets constataba que ‘las clases sociales económicamente más desventajadas muestran en proporción a su población 64 veces más casos de demencia que las clases más favorecidas. Algunas décadas después en 1897, el sociólogo Francés Emile Durkheim publica su clásico estudio sobre los determinantes sociales del suicidio. A partir de un sistemático tratamiento estadístico de los datos, Durkheim examinó las tasas de suicidio en diversos segmentos de la población y encontró apoyo empírico para su hipótesis: el suicidio era más frecuente en aquellas personas con pocos lazos sociales íntimos (Durkheim, 1951). Al igual que otros sociólogos se preocupó por la desintegración social en las nuevas sociedades industriales, postulando que el desarrollo industrial, al enfatizar el valor del individualismo, precisaba de algún tipo de transformación de los patrones tradicionales en los vínculos comunitarios y de parentesco. Durkheim creyó que esta pérdida de integración social, o anomia era incompatible con el bienestar psicológico. “Para Durkheim, el bienestar de la sociedad, del colectivo y de los individuos responde a imperantes sociales tales como la solidaridad, el consenso social o la interiorización de las normas y obligaciones sociales vinculadas a la integración del individuo en grupos sociales”(Musitu y Buelga, 2009)

Estas investigaciones de finales del siglo XIX destacaban la importancia de acercarse a la investigación de las relaciones sociales y el reconocimiento de los vínculos de apoyo social para resolver los problemas relacionados con el bienestar psicológico. Sin embargo la mirada experimental y empírica alejaba la posibilidad de poder trabajar a partir de los significados y el lenguaje y demandaba una nueva epistemología comprensiva anunciada por Weber.

El surgimiento de la Psicología Social en los primeros años del siglo XX.

La agitada confrontación de ideas sobre el pensamiento social correspondiente a las postrimerías del siglo XIX, en Europa influyó fuertemente en el pensamiento social norteamericano y ruso a comienzos del siglo XX.

Por una parte nos encontramos en el contexto norteamericano con el pragmatismo norteamericano como una corriente de la filosofía social que pretendía orientar los procesos sociales de la industrialización y la rápida urbanización correspondiente buscando una aplicación del pensamiento sociológico a la democratización de la sociedad y la aplicación del método científico a la solución de los problemas poblacionales. En este contexto emerge el pensamiento de W.James y J. Dewey

así como las ideas de George Herbert Mead (1982) y su teoría conocida como el Interaccionismo Simbólico.

De acuerdo a la síntesis realizada por Blumer sobre el pensamiento de Mead:

“El interaccionismo se basa en tres sencillas premisas.

- La primera es que el ser humano orienta sus actos hacia las cosas en función de lo que éstas significan para él.
- La segunda premisa es que el significado de las cosas se deriva de, o surge como consecuencia de la interacción social que cada cual mantiene con el prójimo.
- La tercera es que los significados se manipulan o modifican mediante un proceso interpretativo desarrollado por la persona al enfrentarse a las cosas que va hallando a su paso”. (Blumer, 1982).

Esta propuesta pone en cuestión la idea del realismo que considera que el significado existe como un elemento natural que hace parte de la estructura objetiva de las cosas. Por otra parte pone en cuestión la idea de que “el significado es una excrecencia física añadida a la cosa por aquel o aquellos para quienes posee un significado. Se considera que este añadido físico es una expresión de los elementos constitutivos de la psique, la mente o la organización psicológica de la persona.....el interaccionismo simbólico considera que el significado tiene un origen distinto a los sostenidos anteriormente; el significado es fruto del proceso de interacción entre los individuos”. “Es un producto social”. “La utilización de significado por una persona en el acto que realiza implica un proceso interpretativo. Dicho proceso tiene dos etapas claramente diferenciadas. En primer lugar, el agente se indica a sí mismo cuáles son las cosas hacia las que se encaminan sus actos; es decir debe señalarse a sí mismo las cosas que poseen significado. Tales indicaciones constituyen un proceso social interiorizado, puesto que el agente está “interactuando” consigo mismo. Esta interacción es algo más que una acción recíproca de elementos psicológicos; es una instancia de la persona enfrascada en un proceso de comunicación consigo misma. En segundo lugar y como resultado de este proceso, la interpretación se convierte en una manipulación de significados. El agente selecciona, verifica, elimina, reagrupa y transforma los significados a tenor de la situación en la que se halla inmerso y de la dirección de su acto”(Blumer,1982. Pag 4).

A partir de estas premisas desarrolla toda una teoría sobre la manera de comprender la experiencia subjetiva teniendo en cuenta que toda persona es otro para sí misma y para los demás, proponiendo el concepto del self, a la vez que esta teoría propone una mirada de la sociedad, de la cultura y de la estructura social construida a partir de las interacciones entre las personas. Desde esta perspectiva, la construcción de los significados en los procesos de interacción dan cuenta tanto de la subjetividad del individuo como de los procesos objetivos de la sociedad por lo que puede llegar a afirmarse que no hay subjetividad ni objetividad sino solamente intersubjetividad con las implicaciones epistemológicas que esto conlleva. Desde esta época queda planteado que la “acción humana no puede entenderse sin tener en cuenta las interpretaciones subjetivas que se confieren a las situaciones, y que una misma cosa puede tener significados diferentes para personas distintas. Esta idea es propugnada en esta misma época por Thomas y Thomas (1928) en su reconocido axioma de la definición de situación. Con este principio psicosocial se postula que lo que los seres humanos definen como real es real en sus consecuencias. La relación entre cómo se percibe (define) la realidad y el modo en que se actúa hacia ésta, constituye un presupuesto que, subrayado por

Mead, forma parte del cuerpo teórico del interaccionismo simbólico y de la psicología comunitaria” (Buelga, Musitu y Jiménez, 2009 pp.37)

De acuerdo a la interpretación de Amalio Blanco, es en la obra y pensamiento de Mead donde nace de manera explícita la formulación de lo que hoy tiende a denominarse como pensamiento psicosocial: “Y si de fuentes hablamos, prácticamente hay una, casi la única, de obligada referencia, la teoría de George Herbert Mead (...) en quien lo psicosocial va a hacer acto de presencia casi como una manera de ser y no solo como una manera de investigar; es decir, Mead elabora una teoría de la propia naturaleza humana que se acerca decididamente (...) a una concepción psicosocial del individuo (Blanco, 1995, 188-189).

El pensamiento de Mead dio origen a numerosos desarrollos en psicología social, la cual, por centrarse en los procesos de interacción ha venido llamándose psicología social sociológica. De acuerdo a la presentación que realiza Fernández (2003): “Los autores que se encuadran en la tradición del Interaccionismo Simbólico han desarrollado su obra desde comienzos de siglo hasta la actualidad y podemos agruparlos en tres categorías: A) Un primer grupo o primer Interaccionismo Simbólico, cuyos autores principales son Cooley, Mead, Pierce, Thomas y Park de donde nacen los principales presupuestos teóricos y metodológicos de la escuela. B) Un segundo grupo, posterior en el tiempo, caracterizado por el análisis empírico de realidades y cuestiones psicosociales de acuerdo con unos mismos presupuestos metodológicos. Pertenecen a este grupo los miembros de la escuela de Iowa y los miembros de la escuela de Chicago, que se diferenciaron por su posición metodológica al enfrentarse con las cuestiones concretas a analizar. McCall, Stryker, Strauss, Rosemberg y Turner, Blumer y Shibutani son los principales representantes. C) Un tercer grupo que dentro de una formación y unos presupuestos básicos interaccionistas aportan, además, un desarrollo de la teoría que adquiere una entidad propia. Podemos incluir a Goffman, etnometodólogos como Garfinkel y Cicourel y a la Etopología de Harré.” (Fernández, 2003, pag 17).

A partir de esta síntesis del movimiento del Interaccionismo simbólico vale la pena recrear algunos autores que considero relevantes para la construcción del pensamiento psicosocial.

En primer lugar la propuesta de Charles Horton Cooley (1864 – 1929) quien propone su Teoría del Espejo en la cual formula su manera de entender las relaciones entre el individuo y la sociedad y de qué manera en este contexto surge un sentido del sí mismo o autoconcepto. El sentido del Sí mismo o self, se refiere a la capacidad de vernos a nosotros mismos como vemos cualquier otro social. El self especular se puede descomponer en tres elementos: Primero imaginamos como aparecemos ante los demás. Segundo imaginamos que opinan ellos de nosotros y tercero desarrollamos un sentimiento de nuestro self. (Cooley, 1902). Encontramos en el pensamiento de Cooley reflexiones que ya identificábamos en Rousseau y que posteriormente serían retomadas y desarrolladas por G.H. Mead.

En segundo lugar cabe destacar la obra de Erwin Goffman, quien propone una teoría de la interacción entre actores basado en el esquema interpretativo de la dramaturgia. Una de sus obras más significativas se llama la “Presentación de la persona (self) en la vida cotidiana” (Goffman, 1959); en ella desarrolla la idea de que todos nos encontramos en un escenario donde procuramos hacer la mejor de nuestras actuaciones. Desarrollamos papeles o personajes de acuerdo a una idea implícita de la situación que queremos representar. Goffman hace énfasis en la importancia de reconocer las situaciones, y en particular de entender la estructura de las interacciones en su marco

regulativo (reglas). El escenario es un contexto interactivo delimitado por reglas y es a través de rituales aprendidos como buscamos desempeñar mejor nuestro rol o papel. Goffman realizó un estudio de la interacción social en el contexto de los hospitales psiquiátricos donde conviviendo con los pacientes desentrañó las maneras como a través de las relaciones médico-pacientes de acuerdo a las reglas institucionales se construía el rol del enfermo mental con las graves consecuencias en el pronóstico de la supuesta enfermedad. Su trabajo titulado "Asilos. Ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales" (Goffman, 1972) se constituyó en uno de los pioneros del movimiento anti psiquiátrico que denunciaba la construcción social del enfermo mental. Entre numerosos estudios se destaca igualmente su trabajo sobre el "Estigma. La identidad determinada" (Goffman, 1963) donde identifica las condiciones o señales que llevan a la sociedad a discriminar a otros de acuerdo a convenciones tácitas de rechazo. Entre ellas se identifica el estigma del enfermo mental, del diferente, del minusválido a partir de rótulos y categorías aprendidas para el ejercicio de la discriminación.

Igualmente nos encontramos con los estudios de Harold Garfinkel quien estaba empeñado en desentrañar las maneras como realizamos nuestras actividades en la vida cotidiana y las maneras como asumimos la comprensión de la realidad a partir del sentido común. Propuso la etnometodología (Garfinkel, 1967) como "el estudio de los modos en que se organiza el conocimiento que los individuos tienen de los cursos de acción normales, de sus asuntos habituales, de sus escenarios acostumbrados". Este autor luchó contra la idea de Durkheim que presumía que los hechos sociales podían determinar desde "afuera" a la conducta humana. "para los etnometodólogos, los seres humanos no son autómatas culturales, sino que son agentes activos capaces de articular procedimientos que les son propios para definir, según las circunstancias, los significados de las situaciones sociales en las que están implicados. Según este programa [...] se deben buscar "las estructuras subjetivas de la experiencia" y captar el mundo fenomenológico de los sujetos. Para ello, era preciso estudiar la manera en que las personas elaboran, momento tras momento, y por medio del razonamiento práctico, el significado de las situaciones concretas que resultan de su existencia social. Los significados se determinan por lo tanto localmente, y son contingentes a cada situación concreta. (De esta manera) el estudio se centra en los procesos productivos de sentido más que sobre las estructuras sociales." (Ibáñez, 2001 pp.59-60)

En el estudio de las situaciones es necesario tener en cuenta tres conceptos claves que aporta el enfoque de la etnometodología. Ellos son: Indexicabilidad, la intersubjetividad y la reflexividad.

La indexicabilidad se refiere las expresiones propias de la situación, cuyo "significado es siempre local y particular, sin que quepa ninguna posibilidad de generalización". La intersubjetividad que es un concepto elaborado por Alfred Schutz (1962, 1964) que se refiere a que "las personas establecen un mundo común de significados compartidos sobre la realidad para poder interactuar y comunicarse". Y la reflexividad se refiere a la capacidad del ser humano de tomarse a sí mismo como objeto de conocimiento y de evaluación, lo que le abre posibilidades de actuar estratégicamente, es decir de controlar la propia apariencia y de darle forma adecuada para que engendre en los demás los efectos deseados" (Ibáñez, 2001 pp.60-62)

Estos autores se han caracterizado por moverse en un terreno considerado intersticial. El Interaccionismo Simbólico nace en el contexto de las confrontaciones entre el pragmatismo como filosofía social, el evolucionismo como teoría biológica y el conductismo como teoría psicológica sin

llegar a inscribirse claramente en ninguna de ellas, por lo que empieza a proponerse desde comienzos del siglo un nuevo campo disciplinar nombrado como psicología social.

En este punto de la narración podemos ver que el pensamiento normalmente atribuido a un autor, es la expresión de un movimiento de ideas que emergen en un contexto interactivo, y que para seguirle la pista a dicho pensamiento es necesario entender en qué contextos se expresa. Si bien el Interaccionismo Simbólico es considerado en algunos contextos académicos como una importante corriente de la psicología social, no es menos cierto que en numerosos textos de presentación de la historia y desarrollos de la psicología social ha sido invisibilizado, minimizado o simplemente ignorado, aduciéndose que ha desaparecido como orientación teórica, que no responde a los cánones de la metodología cuantitativa propia de la ciencia experimental, que no presenta investigaciones aplicadas, que cae en el idealismo al privilegiar el análisis sobre lo simbólico, que pone escasa atención a la estructura social, o simplemente que no se ocupa de los fenómenos intrasubjetivos propios de la psicología sino de los intersubjetivos, lo que la coloca por fuera de la psicología en los contextos académicos donde ha sido hegemónica la psicología social psicológica. Todas estas críticas cuentan con contra argumentaciones documentadas, donde se presentan las notables experiencias de Goffman, Harré y Garfinkel, a la vez que son indicativos de los contextos de confrontación y conflictividad en el que va emergiendo el pensamiento psicosocial.

Por otra parte nos encontramos en el contexto académico de la sociedad rusa con el aporte de Vygotsky quien, inspirado en el materialismo dialéctico de Marx propuso interpretar los eventos individuales desde una perspectiva social. Tal como se comenta en el prólogo del texto de Wertsch (1988): “Nos asombramos ante la modernidad de autores alejados entre sí, que se desconocen mutuamente, pero que tuvieron el denominador común de tratar de superar el reduccionismo biologista imperante en la época. Autores como George Herbert Mead, Mijail Bajtin o el propio Vygotsky coinciden en mostrar la naturaleza social de nuestros actos, de nuestra mente y en suma de nuestra propia individualidad..... Al igual que Mead, Vygotsky situó la dinámica de la vida mental en el agregado de relaciones sociales internalizadas.mientras que Mead se concentra en la sincronía del acto social, en el aquí y ahora de la comunicación; Vygotsky va más allá y, apoyándose en la concepción marxista de la historia, considera que el acto social lo es también en el nivel diacrónico; tras él se oculta el nivel societal o institucional que refleja la cultura y la historia del grupo. ...Mead y Vygotsky ven en el acto (social) el emergente de la conciencia, El segundo escarba un poco más y, debajo de la superficie de ambos, descubre la presencia de la historia....En un intento por dar claridad y unidad al enfoque socio histórico Wertsch deja bien claro que las funciones mentales superiores o, en lenguaje más actualizado, los procesos cognitivos superiores son, en gran medida, el resultado del trabajo de las fuerzas sociales” (Ramírez, 1988. En Wertsch, 1988, pag 11.)

De acuerdo a la versión que nos presentan Blanco y Díaz (2004) de la teoría socio-histórica de Vygotski (1987), al adoptar el punto de vista psicosocial, adoptamos lo relacional como fuente de la realidad, al hacerlo reconocemos que “esa es la línea argumental de la ley genética del desarrollo cultural, del desarrollo sin cambios en el tipo biológico, y de la sociogénesis de las formas superiores de conciencia: “Detrás de todas las funciones superiores, de sus relaciones, están, genéticamente, las relaciones sociales, las relaciones reales entre la gente” (Vygotski, 1987, p. 161). La conducta del hombre adulto contemporáneo resulta ser el producto de dos procesos diferentes: el proceso de evolución biológica, y el proceso de desarrollo histórico, pero es indudable que el desarrollo, y sobre

todo la expresión y manifestación de las funciones psíquicas superiores ha acontecido al margen del primero". (Blanco y Díaz, 2004)

Paralelamente al desarrollo del pensamiento de Mead en las escuelas de los interaccionistas simbólicos donde se producía una psicología social sociológica, en los contextos dominantes de la psicología influenciada por las corrientes positivistas y experimentalistas se continuó desarrollando una psicología social psicológica centrada en el individualismo metodológico.

"El estallido de la Segunda Guerra Mundial constituyó un punto de inflexión en el desarrollo de la psicología social norteamericana. La migración de académicos europeos hacia Estados Unidos, entre los que se encontraba Kurt Lewin, significó la emergencia de una propuesta teórica alternativa frente al individualismo metodológico de teóricos como Allport, Thorndike, Tolman, Dollard y Miller. Proveniente de la escuela de la Gestalt alemana, Lewin propuso para el análisis del comportamiento social una orientación más interaccionista en la que se busca construir explicaciones holísticas que tengan en cuenta la organización de los elementos que componen la actividad social. De hecho, el acento en la organización de las fuerzas que intervienen en el campo de acción del sujeto tuvo importantes implicaciones en el posterior afianzamiento de la cognición social con las teorías del equilibrio y disonancia cognitiva formuladas por sus colaboradores Fritz Heider y Leon Festinger" (Ibáñez, 2001).(Suárez y Ocampo, 2019)

"Los avances generados por la actitud innovadora de Lewin y sus seguidores en la investigación psicosocial representaron un impulso inédito dentro de las teorías cognitivas y en especial en la concepción de lo social como campo de estudio que supera los procesos meramente individuales estudiados en el laboratorio y lejos de los contextos en los que está inmerso el sujeto (Crespo, 1995). Sin embargo, la construcción teórica en el área de la cognición social ha sido criticada desde diferentes perspectivas por su aparente dificultad para superar el individualismo metodológico y la reducción de lo social a procesos lógicos de procesamiento de la información (Ibáñez, 2001). (Suárez y Ocampo, 2019)

Vale la pena comentar estos dos párrafos de Suárez y Ocampo pues nos dan la oportunidad de destacar los elementos críticos que en la psicología social psicológica fueron abriendo el camino hacia lo psicosocial. En primer lugar señalar el papel que la psicología de la Gestalt jugó desde comienzos de siglo en el cuestionamiento de la mirada mecanicista y experimentalista. Mientras los mecanicistas insistían en los métodos analíticos donde a partir de la identificación de los elementos pretendían explicar infructuosamente la conformación de la totalidad, los psicólogos gestaltistas demostraban a partir de estudios de la percepción cómo funcionaba el principio de que el "Todo es más que la suma de las partes" (Ehrenfels) demostrando que "los organismos vivos perciben, no en términos de elementos aislados, sino de patrones perceptuales integrados, conjuntos organizados dotados de significado, que exhiben cualidades ausentes en las partes"(Capra, 1998 pp 51.). Este principio se convirtió en una fórmula clave para el surgimiento del pensamiento holístico y sistémico por parte de los biólogos quienes buscaban las maneras de entender los fenómenos de la vida entendiendo los organismos y los contextos vivos como una totalidad orgánica donde se analizaban los fenómenos en términos de conectividad, relaciones y contexto.

A partir de la caracterización del campo perceptual Kurt Lewin (1890-1947) extrapoló este principio al campo social desarrollando la teoría del campo (1935/1969) donde asumía las situaciones sociales como un campo de fuerzas siguiendo el modelo de la física en un momento histórico en que se

replanteaba la física newtoniana desde la física cuántica creadora de la bomba atómica donde se desplazaba la atención de manera radical de las partes al todo como el aspecto central de esa revolución conceptual (Capra, 1998, pag 51). Lewin pone en cuestión la mirada centrada en los procesos intrasubjetivos del individuo, haciendo énfasis en el papel que el contexto o campo de fuerzas desempeña en el comportamiento. Considera el campo psicológico como el espacio en que la persona se mueve y lo describe así: "Mi espacio vital es el espacio en que vivo psicológicamente, visto desde mi punto de vista" acercándose así a una mirada fenomenológica del lugar que aún no asume aun el problema del significado. Una de las propuestas más conocidas de Lewin se refiere a la manera como los estilos de liderazgo (autocrático , democrático o dejar hacer (*laissez faire*)) para la conducción de grupos determinan respuestas significativamente diferentes en la productividad o eficiencia en la realización de una tarea. Esto lo llevó a adoptar el manejo democrático de grupos como estrategia privilegiada dando lugar posteriormente a proponer el método de Investigación acción. Esta alternativa metodológica generó mucha resistencia de parte de la ortodoxia científica a pesar de que ganó terreno en la aplicación práctica en contextos organizacionales (Lewin, 1946).

Por otra parte nos encontramos en esta primera mitad del siglo XX con otra corriente de pensamiento que si bien no proviene del interaccionismo simbólico, ni de la psicología social, realiza un aporte fundamental para la comprensión de la esquizofrenia y los procesos interactivos y comunicativos relacionados con ella. Se trata del aporte del antropólogo Gregory Bateson y los estudios sobre comunicación y cibernética de la Escuela de Palo Alto (Watzlawick y otros, 1973). La preocupación fundamental de Bateson giraba alrededor de la comprensión de los procesos de comunicación entendidos como intercambio de información. Adoptando un modelo "conductista" orientado a la construcción de un modelo cibernético de la comunicación, pretendían desentrañar el papel que la homeostasis o feedback cumplía para el organismo. Pronto encontraron que el organismo no actuaba solo sino en relación con otros y se adoptó el estudio de los códigos de información que circulaban en la interacción comunicativa. Se identificaron códigos (reglas) de comunicación y se establecieron niveles de comunicación que podrían establecer jerarquías. Así establecieron metacódigos (metareglas) que intervenían simultáneamente en los procesos comunicativos. Por circunstancias familiares Bateson se vio enfrentado a tratar de acompañar una crisis psicótica de un familiar para lo cual buscó aplicar su modelo comunicacional (Bateson, 1972, 1985). Lo primero que encontró era que en el modelo psiquiátrico de comprensión de la "enfermedad" mental, no se reconocían los procesos relacionales ni de comunicación sino sólo el concepto de personalidad (Wittezaele y García, 1994, pp97) y, por lo tanto, de enfermedad mental. Al aplicar su modelo y acompañar procesos investigativos sobre la comunicación en familias de esquizofrénicos, encontró intercambios comunicativos con códigos de comunicación contradictorios en diferentes niveles. Mientras en una comunicación se refiere a un contenido de información, simultáneamente puede haber una metacomunicación que se refiere al tipo de relación entre los hablantes, con lo cual se crea una relación paradójica que en determinados momentos o de manera constante puede constituirse en una situación insostenible. El término paradoja es reemplazado por el de doble vínculo: "Cuando una persona comunica a otra unos mensajes de niveles diferentes, que se califican el uno al otro y que están en conflicto, la persona que recibe el mensaje se encuentra en una situación tal que no puede responder a ellos sin violar una u otra de las órdenes, estando pues siempre en el error. La situación es tanto más intolerable porque la víctima no puede ni huir de la situación, ni hacer comentarios sobre sus dificultades". (Wittezaele y García, 1994, pp167).

A partir de estas investigaciones se comienza a describir el sistema familiar, como un sistema de interacción comunicativa donde las personas se encuentran atrapadas en un sistema circular de relaciones interpersonales, del cual no solamente se ha derivado el modelo sistémico de terapia familiar adoptado por Gergen sino que se ha desarrollado una estrategia de asesoramiento para promover el cambio organizacional.

La aparición de la obra “La construcción social de la realidad” de Berger y Luckmann (1968) marca un punto de inflexión en la comprensión de la realidad social desde las ciencias sociales y del tipo de conocimiento que comienza a generarse a partir de su publicación. Los autores presuponen que la realidad es una construcción social y que la investigación debe centrarse en desentrañar las maneras como las diversas modalidades de realidad son construidas en los respectivos contextos. Se presenta como una sociología del conocimiento y busca analizar las maneras como ciertas formas del conocimiento se distribuyen socialmente. Obviamente en este texto encontramos una integración del pensamiento de G.H. Mead y de Goffman, Schutz, Shibutani, Durkheim, Marx, Weber y Tunnies.

Si bien retoman los procesos de interacción social en la vida cotidiana como la base de producción de significados, posteriormente se centran en el lenguaje y en el seguimiento al conocimiento producido a través de procesos de institucionalización y legitimación con los cuales se construye objetivamente la sociedad. Posteriormente describen cómo la realidad es interiorizada a través de los procesos de socialización primaria y secundaria conformando la subjetividad y de cómo las diversas realidades, independientemente de su validez, se sostienen a través de estrategias de mantenimiento operadas por las organizaciones sociales o se transforman a través de nuevos procesos de interacción social.

Tal vez, es a partir de esta publicación que se comienza a asumir en el campo de las ciencias sociales y los diversos contextos académicos de las mismas, que la realidad es una construcción que emerge de la interacción, lo cual se constituye en un hito histórico desde el punto de vista teórico que obliga a replantearse el problema epistemológico y metodológico relacionado con el conocimiento de la realidad social. Por otra parte, los autores aportan herramientas conceptuales que permiten reconocer los contextos donde el pensamiento psicosocial es legitimado por ciertas organizaciones académicas, y los contextos donde no sucede así, lo cual nos permite entender de qué manera el pensamiento psicosocial se ha ido integrando paulatinamente a otros contextos académicos, a lo largo de esta historia.

La crisis de las ciencias sociales y la crisis de pertinencia de la Psicología social.

La segunda mitad del siglo XX se caracterizó por la confluencia de grandes convulsiones y movimientos sociales y políticos que permitieron poner en cuestión el paradigma del progreso y desarrollo, y los modelos técnicos e investigativos que les daban fundamento.

Entre los eventos más significativos identificamos a la revolución cubana en los primeros años de la década del 60 y a la guerra del Vietnam desde 1955 hasta 1975. Por una parte la revolución cubana que rechazó a la dictadura de Batista y declaró querer ser un estado socialista en el contexto de la guerra fría, desencadenó una dinámica social que llevaría a la crisis del relato de la modernidad. Por una parte emergieron movimientos guerrilleros en varios países suramericanos, y por la otra, como

una manera de contener la rebelión se creó la Organización de Estados Americanos OEA, que adoptó la estrategia de la Alianza para el Progreso para promover el desarrollo social en Latinoamérica. Diez años después se reconoció el fracaso de la estrategia adoptada debido a los cinturones de miseria que rodeaban las grandes ciudades causadas por el modelo de desarrollo. Esto llevó en primer lugar a cuestionar el concepto de desarrollo capitalista y la idea del progreso y en segundo lugar a cuestionarse el paradigma de investigación en las ciencias sociales basado en el modelo positivista, mecanicista y experimental.

Paralelamente a esta situación que afectó principalmente a América Latina, nos encontramos con la guerra del Vietnam que afectó a un nivel más amplio. Como lo describe Gergen: “La guerra de Vietnam estaba en su punto más álgido. No sólo la agitación social era intensa, sino que muchos sospechaban y ponían en tela de juicio el programa político oculto de quienes proclamaban a los cuatro vientos la pretendida neutralidad de la ciencia. Un gran número de intelectuales salidos de horizontes de toda índole –existencialistas, humanistas así como marxistas- compartían mi actitud crítica.”(Gergen, 2006, pag.24)

Al interior de las ciencias sociales se declaró la crisis de los paradigmas hegemónicos hasta ese momento. En el contexto latinoamericano el cuestionamiento epistemológico estuvo inspirado en la idea de la liberación social, la superación del capitalismo y la superación de la dependencia. La militancia política de los investigadores los llevó a valorar su vinculación con los sectores populares y el reconocimiento del saber popular como una dimensión válida del conocimiento.

Esta situación de crisis generalizada de las ciencias sociales se constituyó en el nicho interactivo para el surgimiento de tres procesos que transformarían radicalmente el panorama de actuación de la psicología social. El primero de ellos es la emergencia de una nueva concepción epistemológica para las ciencias sociales alrededor de la Investigación –Acción – Participativa (IAP); el segundo es la emergencia de la psicología comunitaria y el tercero la declaración de la crisis de pertinencia de la psicología social. A partir de esta coyuntura podemos sustentar que se ha gestado una nueva perspectiva de comprensión de los fenómenos sociales en la cual el pensamiento psicosocial ocupa un lugar estratégico fundamental.

El paradigma de la Investigación-Acción-Participativa:

Se destaca en este proceso el trabajo de Paulo Freire quien como educador popular se propone desarrollar estrategias de educación de adultos donde estos desarrollen la capacidad de hacer una lectura crítica de la realidad, aportando métodos relacionales de investigación. En esta perspectiva surge el concepto del sujeto relacional e histórico y de entender la pedagogía como un proceso de construcción del conocimiento a partir de las relaciones educador – educando. En primer lugar Freire destaca el carácter histórico cultural del ser humano: “El hombre es hombre, y el mundo es histórico-cultural, en la medida en que ambos inacabados, se encuentran en una relación permanente, en la cual el hombre, transformando al mundo, sufre los efectos de su propia transformación. (Freire, 1976). El ser humano es el constructor de su mundo y de sí mismo. En segundo lugar, a través de sus relaciones producen a las instituciones y el conocimiento: “Y es como seres transformadores y creadores que los hombres, en sus relaciones permanentes con la realidad, producen, no solamente los bienes materiales, las cosas sensibles, los objetos, sino también las instituciones sociales. Sus ideas, sus concepciones” (Freire, 1973).

Tal vez es desde la perspectiva de la educación popular que se desarrolla la idea de que no hay subjetividad individual sino que todos somos sujetos relacionales y se empieza a reconocer el espacio de la intersubjetividad, ya no como mera interacción, sino como el nicho epistémico donde construimos la realidad.

“La idea de la relación como ámbito fundamental del ser y el conocer se empieza a hacer sentir en el campo de las ciencias sociales latinoamericanas al inicio de la segunda mitad del siglo XX. La obra temprana de Paulo Freire (1988) la expresa con gran claridad. <Somos seres de relaciones en un mundo de relaciones>, dice, refiriéndose a la necesidad de entender que el conocimiento no se produce en personas aisladas, sino en la intersubjetividad que es el producto de la relación. La filosofía de la liberación, otro producto latinoamericano, continuó elaborando la idea (Dussel, 1974; 1977)” (Montero, 2004, pag 107).

Por otra parte nos encontramos con la obra de Orlando Fals-Borda conocida como sociología crítica, donde a partir del trabajo con campesinos se plantea el problema de la construcción del conocimiento popular y del paso del saber popular entendido como sentido común al saber reconocido como conocimiento propiamente dicho (Fals-Borda, 1959). La obra de Fals Borda da lugar a la conformación de todo un movimiento mundial que se cristaliza finalmente en el Simposio Mundial de Cartagena sobre Investigación Acción Participativa.

En el I Simposio Mundial de Cartagena realizado en abril de 1977 (ver Crítica y Política en Ciencias Sociales, 1978), se consolida una comunidad científica que confiere reconocimiento y le da legitimidad a la Investigación-Acción-Participativa como un nuevo paradigma de investigación en ciencias sociales. Hay un consenso general (Rahmann y Fals-Borda, 1988; Ander-Egg 1990, De Schutter,1981, Himmelstand, 1.978; Moser,1978; Molano,1978; Sanguinetty 1981), de tomar este simposio como el hito fundacional de esta metodología. Este simposio dejó planteado un gran debate sobre el problema práctico de la participación de la comunidad en el desarrollo de las investigaciones. Posteriormente se empezaron a desarrollar las experiencias que buscaban resolver este problema (Arango, 1995).

Uno de los aportes centrales en el paradigma de la Investigación- Acción- Participativa (IAP) es el del replanteamiento de la relación sujeto – objeto en la producción del conocimiento. En el paradigma positivista se asume el conocimiento producido por el método experimental como una fiel representación del objeto o del mundo que es independiente de los sujetos. Se presume que se obtiene un conocimiento objetivo y libre de valores. En el nuevo paradigma de la IAP se adopta la relación sujeto – sujeto como una relación que produce conocimiento, se rompe la neutralidad del investigador, se asume la existencia de intereses y valores en juego y se reconoce el compromiso de todas las personas en la realidad construida o conocida. De esta manera el nuevo paradigma de conocimiento se aleja de entender el conocimiento como una representación de la realidad y se orienta a desarrollar un enfoque conceptual que entienda el conocimiento como una construcción social.

Fals Borda entiende que la IAP es una metodología que encuadra toda una filosofía de vida que busca ser consecuente frente a la realidad latinoamericana de donde surge constituyéndose en una postura ética. El mismo lo expresa: “Gran parte de nuestro mundo contemporáneo (especialmente en occidente) se ha construido sobre la base del odio, codicia, intolerancia, patriotismo, dogmatismo, autismo y conflicto. La filosofía de la IAP estimula lo dialécticamente opuesto a esas

actitudes. Si el binomio sujeto/objeto ha de ser resuelto con una dialéctica horizontal, como lo exige la IAP, este proceso tendrá que afirmar la importancia de “el otro” y tornarnos heterólogos a todos. Respetar diferencias, escuchar voces distintas, reconocer el derecho de nuestros prójimos para vivir y dejar vivir (...) todo esto bien puede llegar a ser un rasgo estratégico de nuestra época. Cuando nos descubrimos a las otras personas, afirmamos nuestra propia personalidad, nuestra propia cultura y nos armonizamos un cosmos vivificado”. (Fals Borda, 1990)

El surgimiento de esta nueva epistemología que reconoce en la relación sujeto – sujeto la capacidad de producir conocimiento se constituye en el hito histórico desde el punto de vista epistemológico y metodológico que da legitimidad a la perspectiva psicosocial, la cual comienza a ser tenida en cuenta en los posteriores desarrollos epistemológicos.

El nacimiento de la Psicología Comunitaria:

En los primeros años de la década del 60 con motivo del surgimiento de la revolución cubana y de la guerra del Viet-Nam se produjeron en los EEUU y en Europa numerosas manifestaciones de inconformismo. El movimiento por los derechos civiles y la lucha contra la pobreza, el movimiento hippie, el movimiento feminista, la revolución de mayo del 68, la primavera de Praga, etc. Fueron movimientos de rechazo a la sociedad de consumo que se cohesionaron en contra de la guerra del Vietnam. Mientras que los investigadores sociales caracterizaban este fenómeno como un problema de desintegración social, el gobierno norteamericano lo consideraba como un problema de salud mental. El principal rubro de gastos del congreso norteamericano en el área social era destinado precisamente a la atención en salud mental. Como nos lo describe Alipio Sánchez: “La existencia creciente de trastornos mentales y la poca capacidad de enfrentamiento del problema desde los modelos clínico-psiquiátricos, por lo costoso y demorado de los tratamientos, hizo necesario el planteamiento de la prevención a nivel poblacional y social, dando curso al movimiento de la Salud Mental Comunitaria”(Sánchez, 1991) en los Estados Unidos, y al movimiento generalizado de reformas a la psiquiatría y a sus instituciones tanto en América como en Europa.

El movimiento de Salud Mental Comunitaria abrió la discusión sobre las maneras alternativas de pensar la salud mental, dando lugar al reconocimiento de los desarrollos teóricos y prácticos para la comprensión alternativa de los problemas sociales por fuera del paradigma de la salud y la enfermedad. Diez años después de iniciado este proceso era claro que la psicología comunitaria, debería separarse del movimiento de salud mental comunitaria, pues tanto su objeto como sus funciones y procesos de actuación son diferentes y se encuentran en contradicción con ésta. (Goodstein y Sanders, 1978). En esta coyuntura histórica se crearon las condiciones para que en el contexto de la psicología se cambiase la mirada de lo individual a lo social, y en el contexto de la psicología social y comunitaria se accediera a reconocer los desarrollos aportados por la psicología social sociológica y en consecuencia se comenzase a reconocer el pensamiento psicosocial propiamente dicho.

“En sus inicios, la psicología comunitaria analizó los procesos psicosociales que conducen a las transformaciones sociales, ambientales y personales requeridas para satisfacer las necesidades comunitarias y fomentar el desarrollo de la comunidad. Para la época (fines de los sesenta en Estados Unidos, años setenta en América Latina), Las teorías de Locus de control (Rotter, 1966; Lefcourt, 1976, 1981, entre diversos autores), de la desesperanza o la indefensión aprendida (Seligman, 1975), de la autoeficacia y su bloqueo (Bandura, 1978), para mencionar solo las más

relevantes en esa corriente, describían comportamientos en los cuales las personas podían caer en la pasividad y la apatía, considerando que entre sus acciones y el resultado a la consecuencia de las mismas no habría relación de causalidad. ... Esas teorías aportaron a la psicología social comunitaria descripciones conductuales que coincidían con el comportamiento que esa nueva rama de la psicología se proponía cambiar a fin de lograr procesos de fortalecimiento o potenciación (Montero, 1982, 1984, 1991) basados en la afirmación, la participación, el compromiso, la creatividad, el diálogo y la confianza en la capacidad de la comunidad como grupo organizado, y en la de sus miembros, para transformar el ambiente y el grupo. Recuérdese que la presencia de estas descripciones y explicaciones psicosociales coincide con el momento en que se inicia la construcción de la psicología social comunitaria como subdisciplina psicológica científica. Recuérdese igualmente que en estos momentos comienza a construirse, desde muy diversos ámbitos, una praxis para la cual no había teoría preexistente y que, por lo tanto, apela a muchos campos y tendencias para la interpretación de su acción, no para hacer un mosaico explicativo, sino para intentar comprender lo que tiene ante sí. Y esa comprensión-interpretación-teorización propia no surge completa de una vez, sino que se va construyendo en la praxis” (Montero, 2004, pp117-118).

Con base en esta reflexión de Maritza Montero, considero que es a partir del nacimiento y desarrollo de la psicología comunitaria que el término psicosocial que venía siendo utilizado como un adjetivo calificativo, va siendo reconocido como una perspectiva teórica que se nutre de varias fuentes, pero que va adquiriendo consistencia y profundidad hasta ser reconocida como una nueva dimensión epistemológica donde se reconoce la base relacional del conocimiento, a la vez que se reconoce al proceso de interacción social, como la base empírica de la génesis, mantenimiento o transformación de los problemas humanos, así como se reconocen los procesos de implicación y participación como la base metodológica para el desarrollo de la investigación.

Alrededor de esta nueva perspectiva de comprensión, investigación y transformación de las realidades sociales, se ha consolidado una comunidad científica mundial que ha adoptado al paradigma de la psicología comunitaria. Nuevamente es Maritza Montero quien nos presenta este paradigma: “Y esa comunidad sostiene con su praxis el paradigma que aquí se presenta, construido por los psicólogos que trabajan con comunidades y que desde hace más de tres décadas han venido labrando arduamente un modelo de producción de conocimientos cuyos productos presento en cinco dimensiones. Ontológica, epistemológica, metodológica, ética y política. (Montero, 2004, pp.92)

Desde el punto de vista ontológico, el sujeto cognoscente es un productor de conocimiento y es en el contexto de la relación entre los psicólogos, psicólogas y miembros de las comunidades que se produce este conocimiento.

Desde el punto de vista epistemológico, el conocimiento se produce siempre en y por las relaciones entre los sujetos. Es en la relación sujeto - sujeto que este se produce.

Desde el punto de vista metodológico se privilegia la participación de los actores en la producción del conocimiento.

Desde el punto de vista ético se destaca la inclusión y reconocimiento del otro, de todos los actores en la producción y autoría del conocimiento producido.

Y desde el punto de vista político el proceso de producción de conocimiento está orientado a beneficiar no solo a la comunidad que lo produce sino al bienestar general de la humanidad.

Como podemos observar, encontramos una perspectiva relacional que se desarrolla en estas cinco dimensiones, donde reconocemos un modelo de pensamiento psicosocial que si bien se asume como característico de la psicología comunitaria, ha sido reconocido igualmente en otros campos de aplicación de la psicología social ya que no se restringe a los problemas comunitarios.

Esta coyuntura histórica puso en cuestión la creencia en la enfermedad o el trastorno mental como hipótesis explicativa del fenómeno de la desintegración social dando lugar al nacimiento de la psicología comunitaria y al movimiento antipsiquiátrico mundial, donde se desarrollaron numerosas investigaciones en las que se recuperó y fortaleció el enfoque psicosocial.

En este punto es necesario destacar la obra titulada “El mito de la enfermedad mental” del psiquiatra Tomas Szasz quien realiza una crítica epistemológica de la hipótesis de la enfermedad mental como principio de explicación, donde propone como conclusión: “Nuestros adversarios no son demonios, brujas, el destino o la enfermedad mental. No tenemos ningún enemigo con el cual combatir mediante la “cura” o al cual podamos exorcizar o disipar por esta vía. Lo que tenemos son problemas de la vida, ya sean biológicos, económicos, políticos o psicosociales.” (Szasz, 1970). Surge así un posicionamiento que se une a los trabajos previos de Goffman, de Bateson y otros constituyendo el movimiento antipsiquiátrico.

Si bien existen numerosos desarrollos en el movimiento antipsiquiátrico, desde el punto de vista psicosocial vale la pena destacar la mirada de la fenomenología social y la comprensión de la interexperiencia humana propuesta por la antipsiquiatría inglesa. Los antipsiquiatras ingleses con Ronald Laing, David Cooper y Aaron Esterson a la cabeza realizaron estudios sobre los orígenes sociales de la esquizofrenia, y desarrollaron metodologías de investigación que buscaron resolver los problemas relacionados con la locura en el contexto de la comunicación intrafamiliar (Esterson, 1967; Laing y Esterson, 1967), así como estrategias de tratamiento de la locura en el contexto de la creación de nuevas relaciones de vida comunitaria. Este movimiento no podría ser comprendido sin tener en cuenta por una parte la influencia del psicoanálisis y del existencialismo, las obras de Freud, M. Klein, Biswanger y Jung desde la psicología, las obras de Kierkegaard, Heidegger y Sartre en fenomenología, en particular pensamiento de Sartre (1963) influyo para que Laing y Cooper (1973) realizaron una extraordinaria síntesis en el libro “Razón y Violencia: Diez años de pensamiento sartreano” de donde adoptaron una perspectiva dialéctica de las relaciones sociales, la cual complementada con los aportes psicosociales de Goffman, Scheff y Levinson así como por los estudios sobre la comunicación humana de la Escuela de Palo Alto (Bateson y Watzlawick) que se constituye en su propuesta de fenomenología social, la cual es una mirada fenomenológico-existencial de la interacción social que abarca desde la comprensión de la esquizofrenia como experiencia legítima, pasando por las relaciones familiares y finalmente develando el entramado institucional que participa en la fabricación de la enfermedad mental como categoría construida institucionalmente.

Uno de los aportes más interesantes es el de la diferenciación entre la familia como grupo humano, y la “familia” interiorizada. La “familia” se refiere a la interiorización particular que cada persona realiza de su grupo familiar “transformada por medio de la internalización, la división y otras operaciones”. “No se internalizan personas o imágenes aisladas sino la familia como sistema; pautas

de relación por medio de operaciones internas, a partir de las cuales una persona desarrolla una estructura grupal personalizada”(Laing, 1974, pp20). Con base en esta metáfora, Laing desarrolla una teoría sociogenética que permite incluir contextos más amplios: “Aunque su campo de estudio es el microcosmos familiar, en varias de sus obras nos deja entrever que es consciente de que la familia no es más que un subsistema integrado a una totalización más amplia, la sociedad y el mundo en definitiva”(Fabregas y Calafat, 1976 pp.87)

A partir de la fenomenología social podemos considerar el ámbito de lo psicosocial como “el campo de la experiencia personal e interpersonal o interexperiencia, donde a partir de la interacción y el intercambio de significados entre las personas, se configuran los procesos y objetos en función de los cuales construimos nuestra subjetividad, nuestra identidad, así como la realidad personal, social y cultural que hacen parte de nuestra vida cotidiana (Arango, 2003).

Al calor del movimiento antipsiquiátrico se produjeron numerosos desarrollos teóricos y metodológicos, que si bien no pueden ser considerados de manera estricta como psicosociales, si son desarrollos que recogen el espíritu de los planteamientos interaccionistas, relacionales, sistémicos y dialécticos propios del pensamiento psicosocial y se integran a totalizaciones teóricas más amplias. Una constante en estos desarrollos es el establecimiento de las relaciones entre el nivel de lo micropolítico y lo macropolítico donde se integran de manera casi que constantes los pensamientos de Marx, Mead, Goffman, Bateson, y muchos otros. Se destacan en estos desarrollos teóricos los trabajos: Psiquiatría y Antipsiquiatría (David Cooper,1967) , la Institución Negada (Franco Basaglia,1970), El antiedipo: Capitalismo y esquizofrenia (Deleuze y Guatari,1974), Teoría de la Acción Comunicativa (Habermas,1985), Vigilar y Castigar (Foucault,1977), Touraine (1978), y otros, que no presentaremos porque rebasan el propósito de este escrito.

Solamente cabría destacar dos propuestas que son significativas desde el punto de vista psicosocial. Por una parte la concepción de la verdad en términos relacionales, y por la otra la comprensión de las instituciones como procesos interactivos.

Con respecto a la verdad Michael Foucault la considera como un problema relacional de carácter político: “El problema político esencial para el intelectual no es criticar los contenidos ideológicos que están ligados a la ciencia, o hacer de tal suerte que su práctica científica esté acompañada de una ideología justa. Es saber si es posible construir una nueva política de la verdad. El problema no es “cambiar la conciencia” de la gente o lo que tienen en la cabeza, sino el régimen político, económico, institucional de la producción de la verdad. No se trata de liberar a la verdad de todo sistema de poder, esto sería una quimera, ya que la verdad es ella misma poder, sino de separar el poder de la verdad de las formas hegemónicas (sociales, económicas, culturales) en el interior de las cuales funciona por el momento. La cuestión política, en suma, no es el error, la ilusión, la conciencia alienada o la ideología; es la verdad misma” (Foucault, 1979). Como podemos ver, la cuestión sobre cuál es el régimen de producción de la verdad nos remite a entender las relaciones sociales que lo constituyen.

Con respecto al régimen institucional, ya habíamos enunciado anteriormente la comprensión psicosocial de los procesos de institucionalización en los planteamientos de Berger y Luckman (1968); ahora nos encontramos con que el movimiento de la psiquiatría democrática italiana promovió los procesos de desinstitucionalización de modelo asistencial. Para ello conviene aclarar qué se entiende por institución en estos casos: “La institución es el conjunto de aparatos científicos,

legislativos, administrativos, de códigos de referencia y de relaciones de poder, que se estructuran alrededor del objeto "enfermedad". La institución responde más a las propias necesidades de autorreproducción que a las necesidades de los clientes, y desinstitucionalizar significa invertir su lógica de funcionamiento. Pero si el objeto en vez de ser "la enfermedad" se transforma en "la existencia-sufrimiento de "los pacientes" y su relación con el cuerpo social", entonces desinstitucionalización será el proceso crítico-práctico para la reorientación de todos los elementos constitutivos de la institución, hacia un objeto bien diferente" (Rottelli, De Leonardis y Mauri, 1986).

La crisis de pertinencia de la psicología social.

Como hemos podido ver a lo largo de esta historia del pensamiento psicosocial pareciera que se tuviera claro qué es el pensamiento psicosocial desde los comienzos del siglo XX. Sin embargo lo que nos encontramos es con contextos académicos e investigativos diversos, cada uno con su correspondiente sistema relacional, donde se construyen narrativas propias y se lucha contra otras narrativas. La psicología social psicológica, niega y desconoce a la psicología social sociológica, la psicología norteamericana niega a la psicología rusa, la psicología oficial dominante niega a la psicología comunitaria, etc. El pensamiento psicosocial existente desde comienzos de siglo, solamente era reconocido en aquellos contextos donde se trabajó académicamente, pero esto no significa que fuese ni conocido ni aceptado en los contextos de la psicología social hegemónica. Esto nos permite hablar de la distribución social de este conocimiento en determinados contextos y no en otros. Cuando se dan las condiciones históricas suficientes y se genera una crisis en el contexto de la psicología social hegemónica, entonces se da el reconocimiento a estos planteamientos ya cargados de historia. Esto es lo que podría proponerse como la crisis de pertinencia de la psicología social.

A lo largo de diez años entre los comienzos de los años 70 y 80 en los contextos académicos e investigativos de la psicología social hegemónica se planteaba la crisis de pertinencia de la psicología social. Estos cuestionamientos sucedían paralelamente con la emergencia de la Investigación Acción Participativa, el nacimiento de la psicología comunitaria y del movimiento antipsiquiátrico en otros contextos.

Entre los aspectos más destacados que configuran la crisis de relevancia de la psicología social se mencionan:

1. El modo dominante de hacer psicología social.
2. El carácter intrínsecamente transitorio de la mayoría de los fenómenos investigados.
3. Pérdida de confianza en los conceptos y la metodología experimental utilizada desde el punto de vista ético de la investigación y de la aplicación.
4. La insatisfacción con las bases epistemológicas aportadas por el positivismo.

Respecto al modo dominante de hacer psicología social se señalaba un clima de insatisfacción general: "Se acusaba a la psicología social de haberse convertido en una especie de divertimento para los iniciados y de carecer de una vinculación efectiva con la realidad social; una disciplina que se basaba en investigaciones divertidas y exhibicionistas pero al mismo tiempo insustanciales,

llevadas a cabo en el “vacío social” y carentes por tanto de relevancia”. (Domenech e Ibañez, 1998, pag 13.)

Tomás Ibañez describe este clima de la siguiente manera: “El panorama de la psicología social era desolador. Neopositivismo a mansalva, ateoricismo encombrado y ritualismos metodológicos acampaban por doquier configurando una ciencia social irremediabilmente triste y ampliamente estéril” (Ibañez, 1994. pp.10).

Respecto al carácter intrínsecamente transitorio de la mayoría de los fenómenos investigados fueron significativas los aportes de Gergen: “No acababa de hacerse un estudio sobre un fenómeno cuando se constataba que la realidad ya había cambiado. Peor aún, me di cuenta de que, cuando empezábamos a describir y explicar estos fenómenos, las descripciones y las explicaciones que proponíamos se convertían en fuerzas sociales que modificaban los esquemas mismos que tratábamos de caracterizar”(Gergen, 2006, pag. 23).

Esta situación llevo a los investigadores a plantear un serio cuestionamiento al modelo experimental. En la década de los años 70 la psicología social experimental pretendía desarrollar una óptica que era a la vez sistemática y empírica. De acuerdo con Stryker, la crítica más articulada a la falta de pertinencia o relevancia de la psicología social es la que realiza Gergen (1973): “Gergen ya no cree en la psicología social como ciencia capaz de generalizaciones y rechaza los métodos (por ejemplo la experimentación) que tengan por objetivo el que se pueda llegar a tales generalizaciones, en las que se trasciende el específico momento histórico. Da por supuesto que el objetivo de una psicología social generalizadora es el descubrimiento de leyes, y que sólo se pueden establecer leyes cuando existen unas relaciones estables entre personas o entre categorías de acontecimientos de reconocida importancia para la psicología social; y niega que exista esta estabilidad. La interacción humana no es estable porque es básicamente indeterminada. Y es indeterminada porque existe un proceso de retroalimentación (feedback) que une a la ciencia con la sociedad. (Stryker, 1983. pág. 47).

Esta insatisfacción fundamental afectó hasta los cimientos epistemológicos aportados por el positivismo que habían sido seriamente dañados en el marco general de las ciencias naturales a partir de la emergencia de la física cuántica y la termodinámica. (Domenech e Ibañez, 1998, pag 13.). Recuérdese que en los comienzos de la modernidad se adoptó el modelo mecanicista de la física, como el modelo de toda forma de conocimiento. Sin embargo desde comienzos del siglo XX ya se ponía en cuestión este modelo desde el principio de incertidumbre de Heisenberg, desde la teoría de la relatividad de Einstein, y se veía venir una nueva concepción epistemológica centrada en la concepción holística, la complejidad, la ambigüedad, la interconexión entre los fenómenos y la preponderancia de la comprensión del todo como clave para entender las relaciones entre las partes. “Hoy nos enfrentamos a la realidad virtual. Entonces estamos pasando del paradigma mecanicista a un paradigma relativista y cuántico. Todo está relacionado con todo, todo es un sistema compuesto por otros sistemas, incluido todo lo que hay en el universo. Ese cambio nos exige que nos sincronicemos y revisemos nuestra manera de ver y concebir el mundo. Las relaciones de incertidumbre para muchos filósofos constituyen una prueba de que existe indeterminismo en el universo físico y que, más allá de esto, se probaría que hay una especie de principio de libertad.”(Rios, s.f.)

De allí a la adopción de un enfoque relacional solamente restaba atravesar las crisis de pertinencia. En el año de 1973 aparece la publicación de Gergen (1973) "La psicología social como historia" donde propone que la psicología social fuese considerada como una ciencia histórica.

Como producto de esta situación de crisis de la psicología social va emergiendo un nuevo paradigma:

"La relevancia a que hacen referencia las críticas más radicales de la psicología social señalan sus posibilidades para diseñar, motivar y realizar cambios en gran escala. El cambio al que se alude no es el del comportamiento individual; se trata de cambiar la organización social. En la medida en que la psicología social psicológica acepte el desafío que plantea este tipo de relevancia, deberá incorporar variables que se refieran a la estructura social en sus teorías e investigaciones..... Este desafío viene a subrayar la importancia de entender en qué forma se organizan las relaciones sociales para comprender el comportamiento de los individuos.(Stryker, 1983. Pág. 25)

"La concepción del sujeto como objeto pasivo de manipulación experimental da paso a la idea de la persona como agente activo, capaz de hacer planes y perseguir objetivos, capaz de actuar y de reaccionar, capaz de obrar por razones, así como de obrar al dictado de presiones coactivas. El significado de acciones, sucesos, circunstancias y escenarios de los participantes en la interacción es importante para comprender y explicar el comportamiento de dichos sujetos. La estructura que subyace a las secuencias de interacción no puede dejar de ser considerada. El hombre como agente, la construcción del significado y el estudio del contexto como pieza necesaria en la comprensión y explicación de los fenómenos sociales, implican una metodología que no olvide en sus investigaciones el carácter procesual, situacional, gobernado por reglas e inserto en la estructura normativa de la vida cotidiana, de aquello que es objeto de estudio."(Sarabia, 1983, Pág.108).

"El trabajo de campo, la observación participante, el empleo de entrevistas para la obtención de datos, y su énfasis en situaciones de interacción, están dentro de las preferencias por análisis situacionales en los que suele ser central el <episodio situado>, concebido como límite que encierra secuencias menores de comportamiento interactivo, que puede ser recogido con técnicas de grabación en magnetófono, o en video, o mediante reconstrucciones autobiográficas e incluso a través de computadoras que contribuyan al estudio de las conversaciones" ."(Sarabia, 1983, Pág.109).

Entre las alternativas para salir de la crisis se señalan:

1. La necesidad de que la psicología social se articule a la realidad social.
2. Reconocer la importancia de los significados en la comprensión de las situaciones.
3. El reconocimiento del carácter histórico de los fenómenos sociales.
4. La vinculación de la psicología social a la promoción del cambio social.
5. Entender el comportamiento humano a partir de las relaciones sociales.
6. La necesidad de incorporar conceptos que se refieran a la estructura social.

En el año 1994 Maritza Montero describe pormenorizadamente como se va produciendo un cambio paradigmático en la psicología social, desde la "búsqueda de nuevos métodos, de nuevos modos de explicar los fenómenos de la realidad psicosocial o de nuevas interpretaciones para las descripciones

ya existentes”(Montero, 1994 pp.43) presentando como ejemplo el largo proceso de gestación desde la Investigación-acción de Lewin hasta la Investigación- Acción-Participativa, que permite acceder a un nuevo paradigma para la psicología social. Sin embargo, reconoce que en la vida académica siguen coexistiendo el paradigma emergente con el paradigma dominante: “La psicología social y en particular la psicología comunitaria y la psicología política, desarrolladas a partir de ella, demuestran cómo formas alternativas vienen coexistiendo aún bajo la férula de un paradigma dominante” (Montero, 1994 pp.44)

Como podemos ver, el cambio de paradigma de la psicología social que ocurre en la década entre los años 70 y 80, consiste en la apertura y apropiación, e integración al nuevo paradigma, de los aportes que desde comienzos del siglo ya se planteaban como pensamiento psicosocial, y que en algunos casos era discriminado como psicología social sociológica (Mead, Goffman, Garfinkel), como psicología soviética (Vygotsky), como pensamiento sistémico cibernético (Bateson, Watzlawick), o en otras modalidades: “Algunas de las principales características de la nueva Psicología social, en concreto, la idea de la naturaleza simbólica e histórica de la realidad social, la importancia de la reflexividad y la agencia de los seres humanos, la importancia del <self>, la naturaleza social del conocimiento científico, el carácter dialéctico de la realidad social, la perspectiva construccionista y la transdisciplinariedad, están presentes en los presupuestos del primer Interaccionismo Simbólico” (Ovejero, 1999)

Lo que es significativo en este momento histórico, es la incorporación del término psicosocial como una dimensión epistemológica que establece la diferencia con el campo epistémico de la psicología y el campo epistémico de la sociología.

“La psicología social se asume como un proyecto no confinado en los marcos propios de una disciplina, presentando un carácter decididamente intersticial o fronterizo; al menos su proyecto “fuerte” se sitúa allí: un saber que propone dar cuenta de aquello que en principio la psicología y la sociología tradicionales no asumirían: lo psicosocial” (Alzate y Arango, 2008) Aquellas pretenderían dar cuenta del mundo humano o social de una manera más compartimentada: “Mientras que esas otras ciencias sociales tienden a usar el nivel societal de análisis, utilizando amplios factores macrosociales para explicar la conducta social, como la clase social, factores históricos, etc., y los psicólogos suelen acudir a un nivel individual de análisis, utilizando las características individuales de las personas para explicar su conducta (factores cognitivos, rasgos de personalidad, etc.), en cambio los psicólogos sociales utilizan un nivel de análisis intermedio entre los otros dos, el de las relaciones interpersonales o, mejor aún, el de la interacción social” (Ovejero, 1988, p.449).

Queda desde entonces claramente delimitado que el pensamiento psicosocial se refiere a un nivel de análisis que estudia lo que ocurre entre las personas, no se refiere a la experiencia intrasubjetiva o el comportamiento del individuo, como tradicionalmente lo ha hecho la psicología, ni se refiere a la dimensión global o general de la sociedad, como lo ha hecho la sociología, sino a lo que ocurre entre el individuo y la sociedad, es decir, lo que ocurre entre los individuos, que son las relaciones interpersonales o la interacción social.

Este espacio epistémico, o nivel de análisis, al estar en medio de dos disciplinas clásicas, es considerado interdisciplinar. El carácter interdisciplinar del pensamiento psicosocial no significa que sea la sumatoria entre la psicología y la sociología, sino precisamente que es una dimensión diferente de estas disciplinas que remite a una concepción diferente de la realidad y del ser humano:

“Torregrosa define la psicología social por su posición topológica, que se sitúa en el lugar en el que la psicología y la sociología interseccionan. La intersección o el intersticio entre las dos disciplinas es el lugar propio de la psicología social cuyo objeto es la interacción. <El objeto de atención fundamental del análisis psicosociológico es la interacción social, que es por excelencia el área en que los procesos individuales y sociales intersectan>” (Torregrosa, 1985, p4.) (Fernández, 2003. p.249)

Decir psicosocial es decir relacional. Esto tiene consecuencias no solamente en el plano teórico sino también en el plano metodológico: “El psicólogo social deberá pertrecharse de unas herramientas conceptuales y metodológicas no necesariamente similares a las del psicólogo o las del sociólogo, aunque pueda compartir algunas de ambos. Y estas herramientas conceptuales deberán ser en lo posible, relacionales, es decir, no reductibles y emergentes en un único nivel de análisis; relacionales, básicamente, entre lo psicológico y lo sociológico. De lo contrario, estaremos haciendo psicología o sociología (Sangrador, 1999, p 1545-155)

El espacio epistemológico psicosocial o relacional es claramente descrito por Pablo Fernández: “Después de probar por todos lados desde los experimentales hasta los esotéricos, podría intentarse que la psicología social consista no en buscar el pensamiento de los sujetos, de los agentes, de los grupos o de las comunidades, sino en imaginar cuál es el pensamiento de la situación, de eso inasible donde todos se encuentran y que los atraviesa y los deja transidos en medio del calor o solitarios en medio del gentío. Esto es, que para la psicología social no sean los agentes individuales o colectivos los que piensen y sientan, sino que sean las situaciones, los ambientes, los que lo hacen, porque entre todas las gentes, hay algo que ninguna tiene pero que está ahí: hay algo en medio, muy sutil, muy etéreo, flotando en el día, que no encarna en ninguna persona, que no concreta en ninguna cosa, no se manifiesta en ningún dato, no se menciona en ninguna noticia, que es, efectivamente, como un pensamiento, como un sentimiento, que la psicología social no ha alcanzado a condensar ni a transcribir, pero que, en cambio, sí aparece en Macondo o en Comala: esa capa de aire donde empiezan las cuatro de la tarde, esas voces que cruzan el pueblo entre las tumbas, que nos hacen comprender desde dentro cómo es la vida en Latinoamérica: es probable que leyendo a Onetti o a Carpentier, a Galeano o a Ernesto Cardenal, los psicólogos sociales lográramos captar la respiración psicosocial y aprendiéramos cómo piensa el aire, cómo piensa Latinoamérica, y qué se siente en ese pensamiento” (Fernández, 2019).

Una vez superada la crisis de pertinencia de la psicología social, y que ya ha sido reconocida la Investigación- acción participativa, la psicología comunitaria, y que lo psicosocial es considerado como lo esencial de la psicología social, nos encontramos con el nacimiento de la psicología política a partir de los años 80 donde encontramos nuevos desarrollos en el pensamiento psicosocial. En particular nos referiremos a las propuestas de Ignacio Martín Baró y de Pablo Fernández Christlieb.

En el contexto latinoamericano nos encontramos con la propuesta de una psicología de la liberación, formulada por Ignacio Martín Baró, donde explicita el compromiso que la psicología debe tener con los procesos de liberación de los pueblos y de los sectores populares. Martín Baró retoma igualmente el pensamiento psicosocial apoyándose en el enfoque socio histórico de Vigotsky, desde el que realiza una crítica a la psicología social psicológica, en particular a la teoría del campo de Lewin aplicada a las dinámicas de grupo, señalando el reduccionismo ahistoricista y el individualismo que ocurre cuando se pretende realizar un análisis de las relaciones sociales o interacciones tanto

al interior de un grupo como en las relaciones entre grupos dejando por fuera la comprensión de la situación histórica: “al reducir los factores grupales a su aquí y ahora se priva al análisis psicosocial de su referente básico que no está en la materialidad de las acciones en sí, sino en su incardinación en procesos e intereses sociales más amplios. Al privar conceptualmente de su carácter histórico a los procesos grupales se cierra de antemano la posibilidad a un análisis psicosocial, es decir, a un examen de lo ideológico de las acciones del grupo. Esto ideologiza el mismo quehacer de la psicología, volviéndola instrumento al servicio de los intereses sociales dominantes”. (Martín-Baro, 1989, 204-205)

Este compromiso con las situaciones históricas reales le permite hacer una crítica psicosocial al modelo hegemónico de salud mental en contextos de conflicto social aportando el concepto de trauma psicosocial: “La salud mental constituye una dimensión de las relaciones entre las personas y grupos más que un estado individual, aunque esa dimensión se enraíce de manera diferente en el organismo de cada uno de los individuos involucrados en esas relaciones, produciendo diversas manifestaciones (síntomas) y estados (síndromes)” (Martín-Baró, 2003, p. 336) [...] “Es evidente que el trastorno o los problemas mentales no son un asunto que incumba únicamente al individuo, sino a las relaciones del individuo con los demás; pero si ello es así, también la salud mental debe verse como un problema de relaciones sociales, interpersonales e intergrupales, que hará crisis, según los casos, en un individuo o en un grupo familiar, en una institución o en una sociedad entera. [...] Queremos enfatizar lo iluminador que resulta cambiar de óptica y ver la salud o el trastorno mental no desde dentro afuera, sino de afuera dentro; no como la emanación de un funcionamiento individual interno, sino como la materialización en una persona del carácter humanizador o alienante de un entramado de relaciones sociales” (Martín-Baró, 2003, p. 338).

Por lo tanto para acercarnos psicosocialmente a una situación de trauma se hace necesario situarlo en sus coordenadas socio-históricas y relacionales. Desde el punto de vista sociohistórico nos preguntamos por las condiciones sociales, económicas, ideológicas y políticas que enmarcan la situación y desde el punto de vista relacional, nos preguntamos por la red de relaciones sociales y sobre todo por la estructura de relaciones sociales, donde se identifican las relaciones de poder y opresión existentes entre las personas relacionadas. Por estas razones resulta completamente fuera de lugar el pretender reducir la situación de trauma psicológico a una mera situación personal o individual. Ahora bien, esta estructura lo es de carácter simbólico y se constituye en el factor crucial a ser transformado: “La realidad en general es estructural y la realidad social lo es más aún. La transformación de la realidad debe buscar actuar directamente sobre las estructuras, de lo contrario no encontrará la realidad”(ECA, 1990, Blanco, 1998)

A partir del posicionamiento de Ignacio Martín Baró, nos encontramos con la emergencia de una nueva modalidad de expresión de la psicología social que se presenta como psicología política, ya presentamos una puntada de lo que sería la psicología de la liberación; paralelamente nos encontramos con la propuesta de Pablo Fernández Christlieb quien al fundamentar su psicología política nos presenta una mirada del momento histórico donde se gesta la adopción del término psicosocial superándose la polaridad entre una psicología social psicológica y una psicología social sociológica. Y lo expresa de la siguiente manera: “Tres o cuatro lustros de labor de replanteamiento de la psicología social han orientado a la disciplina, sobre todo hacia la sociología del conocimiento (Berger y Luckmann, 1968); Shibutani, 1961; Moscovici, 1970) y hacia el interaccionismo simbólico (Mead, 1932); y, en el aspecto metodológico, hacia la fenomenología. Bajo estos enfoques parecen

encontrarse las perspectivas de desarrollo de una psicología social “psicosocial”. En todo caso, el común denominador de la psicología social contemporánea es la idea de intersubjetividad (Torregrosa, 1974; Rommetveit, 1976; Sarabia, 1983; Stryker, 1983); con ella se expresa de manera todavía difusa y tentativa, que la interacción, si ha de ser algo más que el vacío que media entre individuos copresentes, es un proceso general de creación e intercambio de significados en donde la interacción cara-a-cara es solamente una parte pequeña, sólo la más notoria y prístina, de una estructuración colectiva de las interacciones de la sociedad en su conjunto (que comprenden cuestiones como el poder y la ideología)” (Fernández, 1987). Es decir que nos encontramos frente a un proceso de comunicación de significados y de símbolos, que se da no solamente en la relación cara a cara, sino que se da en diferentes contextos interactivos, lo que nos obliga a pensar en esos diferentes niveles de estructuración colectiva de las interacciones.

Para Fernández, la comprensión psicosocial implica por una parte adoptar una clara comprensión de los procesos comunicativos y por la otra, una visión global de la sociedad donde podamos reconocer las dinámicas de los contextos interactivos que la conforman.

“La posibilidad de comunicar depende de la riqueza o pobreza- de símbolos y significados con los que cuenta la intersubjetividad. Un acontecimiento que no puede ser nombrado, no posee significantes y símbolos adecuados para ser abordado o recreado en la comunicación. “Lo que no tiene nombre o imagen no tiene realidad simbólica”. Cuando no contamos con palabras y significados para referirnos a determinada realidad nos encontramos en una situación de déficit simbólico y empobrecimiento comunicativo. Por el contrario, cuando contamos con diferentes formas de nombrar los acontecimientos y con formas precisas de referencia a los mismos, contamos un una riqueza simbólica o enriquecimiento comunicativo. “Una sociedad es de mayor riqueza comunicativa; i.e. tanto más plural, cuanto mayor sea el número de símbolos y significados que se movilizan en las relaciones sociales” (Fernández, 1987). Por lo tanto, comunicativamente hablando, se trata de que en el contexto de la interacción, los sujetos puedan contar con el mayor número de símbolos y significados compartidos, que les permita construir relaciones con calidad comunicativa, y enriquecidas simbólicamente.

Con respecto a la propuesta de contar con una visión de la estructuración colectiva de las interacciones de la sociedad Pablo Fernández acude a una mirada dialéctica que elude la mirada sistémica de los contextos interactivos. Estando más preocupado por las relaciones que por la estructura, prefiere hablar de tres niveles de estructuración de la intersubjetividad: el nivel intraindividual, el nivel conversacional y el nivel civil. Estos niveles se refieren al alcance o posibilidades comunicativas con que cuenta la intersubjetividad.

Así como Ignacio Martín Baro se interroga por el carácter humanizador o alienante de un entramado de relaciones sociales, de la misma manera Pablo Fernández se pregunta sobre el sentido o significado de lo político o de la politización y de lo ideológico y de la ideologización y desarrolla su búsqueda en términos de procesos psicosociales. Para Fernández, actuar políticamente en sentido psicosocial es buscar el ensanchamiento de la intersubjetividad, lo cual se lograría por una parte promoviendo el incremento de la calidad comunicativa y el enriquecimiento simbólico, y por la otra, haciendo un “análisis de la tensión entre lo incommunicable y lo comunicable y más concretamente, de las posibilidades de convertir lo primero en lo segundo” (Fernández, 1987). “La dinámica de la politización consiste en que aquello que es privado se haga público, en comunicar lo incommunicable,

en hacer que las experiencias que se viven como personales o privadas puedan ocupar un lugar en la esfera pública con el objeto de ser debatidas”. “El proceso politizador consiste, pues, en construir símbolos para las experiencias que no lo tienen o que lo han perdido, y por contraparte, darle significado, a los símbolos que carecen de él”.

Lo contrario de la politización sería el proceso de ideologización, donde se trataría de buscar el estrechamiento de la intersubjetividad, a través de desplazar al ámbito de lo privado lo que puede ser de dominio público, como son las versiones alternativas de la realidad social, hasta que solo puedan ser vivenciadas como experiencias particulares o íntimas, sin validez social. Se va así deteriorando la calidad comunicativa y dándose un empobrecimiento simbólico hasta el punto en que ya no tengamos posibilidades de comunicación sobre un asunto determinado. En los procesos de ideologización participan todos los sujetos sociales y su descripción psicosocial es la degradación simbólica. Mientras que la ideologización tiende a reducir el ámbito de la experiencia social, la politización tiende a pluralizarlo (Fernández, 1987). De esta forma, Fernández nos entrega la conceptualización sobre el enriquecimiento comunicativo y simbólico, así como la politización y la ideologización como procesos psicosociales, dotándonos así de una herramienta metodológica crucial en la psicología social, comunitaria y política.

Un interesante aporte que aparece en la primera década del siglo XXI lo encontramos en los trabajos de Arango (2006) y Arango y Campo (2000, 2002, 2004) quienes desarrollan una estrategia participativa para la comprensión de los problemas relacionales propios de la convivencia. El enfoque denominado Psicología Comunitaria de la Convivencia (Arango, 2006) aporta una metodología que hace posible la caracterización de la vida cotidiana no solamente en su dimensión sincrónica o situacional, sino además en su dimensión diacrónica haciendo posible reconocer las regularidades o rutinas de la vida cotidiana en períodos cada vez más amplios. De esta forma se accede a la descripción de los ciclos diario, semanal, mensual, anual, vital e intergeneracional de tal manera se accede a una mirada en perspectiva de la “Matriz Experiencial” de la vida cotidiana que permite a las personas, de manera individual o de manera colectiva identificar los núcleos relacionales a ser transformados orientándose así un cambio personal o comunitario según el caso. La caracterización de la Matriz Experiencial permite develar las estrategias relacionales que mantienen las condiciones de opresión que se expresan como condicionamiento, complejos, trastornos, trauma, mitos de identificación positiva o negativa, en la psicología individualista o como prácticas culturales en la antropología ofreciendo una alternativa participativa y práctica de transformación personal y comunitaria.

El paso a la posmodernidad.

Después de hacer este recorrido por las diferentes crisis sociales de la década del 60 y del 70 donde se identificó la crisis del modelo de desarrollo centrado en el progreso y basado en la concepción positivista del conocimiento, y de haber descrito la crisis de las ciencias sociales y en su contexto la crisis de pertinencia de la psicología social, las concepciones de la realidad social, del ser humano y del conocimiento ya no sería la misma. La idea de la modernidad comienza a dar paso a otra manera de ver el mundo llamada la posmodernidad.

Normalmente se adopta el hecho histórico de la caída del muro de Berlín en 1989, como el acontecimiento desde el cual se comienza a reconocer que hemos entrado en una época diferente donde se abandona una manera de ver la realidad. Con la caída del muro de Berlín se considera

superada la guerra fría, se asume el fin del modelo socialista o comunista y el triunfo del capitalismo. Sin embargo este capitalismo es visto como un modelo de sociedad que no sabe hacia dónde se dirige.

En la posmodernidad se habla de la superación de los grandes relatos que le daban sentido a la sociedad como son el cristianismo, el capitalismo y el comunismo. Se habla del fin de las ideologías o la pérdida de los idealismos, de la renuncia de las utopías y del fin de la historia así como de la esperanza en un futuro deseable. Se proclama el triunfo del liberalismo democrático a la vez que se abandona la creencia en la ciencia y el progreso.

Tal vez Lyotard (1989) fue el primero que utilizó el término al referirse a la condición postmoderna como una situación en que hay muchas voces, en que no hay verdades establecidas sino diversas visiones. Se trata entonces de una condición de incertidumbre que podría conducir en términos prácticos a un mayor autoritarismo. En este sentido otros adoptan la caída de las Torres Gemelas como el hecho representativo de la posmodernidad, ya que en vez de las ideologías se adoptan estrategias mediáticas para manipular a la población, tales como la lucha contra el terrorismo, la eugenesia, etc. Se renuevan los fundamentalismos y se plantea una confrontación entre los fundamentalismos y el pluralismo democrático.

La crítica al modernismo y a las posibilidades del desarrollo social entendido como progreso de la técnica, basado en una crítica radical a los fundamentos racionales del conocimiento científico, llevó a una “puesta en tela de juicio de la posibilidad misma de la ética y de la significación que podía tener la acción política” (Gergen, 2006. Pag-30). El problema es la búsqueda de la verdad, la creación del sentido y de significados válidos compartidos.

El movimiento cultural y de pensamiento llamado posmodernidad se constituyó en el contexto favorable para la emergencia de nuevos presupuestos epistemológicos, políticos y éticos que han influido en las nuevas versiones del pensamiento psicosocial.

Retomando la revisión realizada por Fernández (2003): “de acuerdo con un reconocido psicólogo social, Denzin (1991), la cultura posmoderna se caracteriza por dos rasgos definitorios: el giro lingüístico y la importancia de la imagen. En conexión con dichos rasgos aparece en las ciencias humanas una nueva perspectiva epistemológica que defiende la fragmentariedad en el conocimiento, llamado en otro lenguaje la <caída de los grandes relatos>. (Lyotard, 1989)” (Fernández, 2003).

La versión moderna que consideraba al conocimiento científico como una representación objetiva de la realidad da lugar a una versión antirrepresentacionista donde se cuestiona la noción misma de la realidad y se plantea cómo la realidad es producto de nuestras construcciones verbales y de nuestros acuerdos metodológicos.

Concepción Fernández explora cuatro dimensiones que permitirían caracterizar el pensamiento posmoderno en la psicología social:

1. El giro lingüístico y el redescubrimiento de la retórica.
2. La importancia de la imagen y la imaginación.
3. La fragmentariedad de los relatos y su contextualización
4. La interdisciplinariedad y la ética de la investigación.

El giro lingüístico y el redescubrimiento de la retórica. Se refiere a un movimiento filosófico sobre el papel del lenguaje y su estatus con respecto a la investigación. Se reconoce que el lenguaje utilizado condiciona y estructura la memoria, organiza los recuerdos y se avanza en el reconocimiento de que es a través de la interacción lingüística como se construyen las ideas. Por tal motivo, comienza a mirarse el lenguaje como acción, y no como concepto teórico o abstracto que se articula formalmente con otros conceptos en el campo de la teoría. Se pasa así a reconocer el poder de la interacción lingüística y de las relaciones sociales en los procesos de comunicación y de producción simbólica, como lo planteó un siglo antes J.H.Mead.

“Consecuentemente al abandono de las lógicas universales y abstractas, los lenguajes formales, abstractos, pierden importancia como instrumentos de comprensión de la sociedad y de las experiencias de las personas en la vida social. Los grandes relatos sociológicos son substituidos por los relatos de los grupos o las personas, en sus dimensiones particulares”(Fernández, 2003. Pág. 183), tal como lo propone la etnometodología.

Esto ha llevado a que se valore la retórica utilizada por los sujetos en sus conversaciones y se considere el problema de la argumentación utilizada por las personas en sus conversaciones en la vida cotidiana como un objeto privilegiado de investigación, como modelo cognitivo o como problema pedagógico. Al contraponer la retórica con la racionalidad científica se abre un gran debate sobre el problema de la ética del conocimiento científico: “Las argumentaciones no exactamente <científicas>, sino basadas en el conocimiento común, son las que fundamentan la democracia, la toma de decisiones en los ámbitos políticos, jurídico, social, interpersonal y parece, por tanto, contradictorio o carente de sentido común desvalorizarlas o situarlas en el extremo contrario del discurso racional, ya que fundamentan buena parte de las instituciones y las reglas de juego sociales”(Fernández, 2003. Pág.184), retomando entre otros las propuestas de Goffman.

La importancia de la imagen y la imaginación. Con la irrupción de los medios masivos de comunicación, toma cada vez más relevancia en la consideración de cómo estamos entendiendo la realidad. Ya no solamente pierde relevancia la versión lingüística de la realidad sino que las versiones mediáticas, basadas en imágenes cargadas de simbolismo las que influyen en la argumentación. Los valores, las actitudes y los mitos culturales del capitalismo tardío son representados a través de producciones cinematográficas. Aquí podemos reconocer los desarrollos inicialmente planteados por Goffman al señalar los escenarios de la vida cotidiana como los lugares donde se representa o escenifica la realidad.

La fragmentariedad de los relatos y su contextualización. A partir del reconocimiento del lenguaje como acción discursiva y su puesta en situación en el escenario, se ve la necesidad de renunciar a las verdades absolutas y las grandes teorías para enfrentar el problema de construir o entender los discursos consensuados que adquieren validez mientras dure la conversación. El problema de la verdad y de la objetividad es reemplazado por el acuerdo entre los hablantes en un contexto determinado. De esta manera, el saber se fragmenta y se relativiza a la vez que esta situación se convierte en un problema epistemológico. “El hecho de su fragmentariedad no quiere decir que pierdan sus efectos sociales, sino que sus efectos se producen quizás de otra manera. Los más poderosos efectos sociales se producen cuando el investigador es capaz de analizar a fondo un caso particular, un producto particular de la cultura y ponerlo en relación con el sentido global, la lógica

estructural, los mecanismos de dominación o los valores sociales dominantes.”(Fernández, 2003. Pág. 189) retomando las numerosas propuestas que emanan de la anti psiquiatría.

La interdisciplinariedad y la ética de la investigación. Finalmente, el abordaje de las situaciones en su concreción histórica y su complejidad, lleva a reconocer el carácter interdisciplinario, otros dirán indisciplinario de la realidad que va en contravía de las búsquedas disciplinarias clásicas orientadas en la construcción de su objeto como representación de la realidad. Finalmente se plantea el sentido de la investigación como una estrategia que busca “darle voz a las minorías y las voces silenciadas y desvelar los mecanismos de la represión y los procesos de socialización” (Fernández, 2003. Pág. 191), actuando así en consecuencia con los postulados de la psicología política.

En este mundo de la posmodernidad surgen nuevos desarrollos de la psicología social donde desaparecen en líneas generales las escuelas de pensamiento y se adopta una discursividad con ciertas tendencias hacia una escuela u otra. Como podemos observar en la caracterización de la impronta de la posmodernidad en la psicología social descrita por Fernández, pareciera ser que el pensamiento psicosocial hubiese desaparecido, pero si hacemos una lectura cuidadosa de las caracterizaciones de las cuatro dimensiones propuestas de la posmodernidad nos encontramos con que el pensamiento psicosocial ha sido asimilado e integrado en los nuevos desarrollos tanto teóricos, como metodológicos y valorativos de las nuevas tendencias.

Tomás Ibáñez en su texto la Psicología Social Construccinista realiza una caracterización de las múltiples tendencias teóricas actuales en psicología social y propone cuatro grandes categorías para clasificar estas tendencias: la orientación de la teoría de la acción, la orientación dialéctica, la orientación hermenéutica y la orientación del construccionismo social. En cada una de estas orientaciones encontramos aportes que provienen de una u otra corriente del pensamiento psicosocial integrado a una concepción más amplia donde ha encontrado su lugar. Finalmente describe la corriente del construccionismo social como la “más ecléctica en la medida en que sus orientaciones integran muchas de las ideas básicas que configuran las restantes orientaciones. En efecto, encontramos en el construccionismo una mezcla de elementos wittgensteinianos (Teoría de la acción), dialécticos y hermenéuticos. Pero junto con este eclecticismo integrador, quizá se pueda caracterizar más precisamente esta orientación haciendo referencia a las propuestas del neopragmatismo americano (...) que se haya en filiación directa con las formulaciones de James, Mead y Dewey” (Ibáñez, 2001. p.87)

“El construccionismo social por decirlo con las palabras que emplea el propio Gergen, no trata de revelarnos una nueva verdad, no procura establecer nuevos fundamentos; se presenta más bien como un medio heurístico a través del que podemos enriquecer nuestra práctica, un punto de vista, un enfoque, una manera de hablar. ..”. (Elkaim, 2006)

En conclusión podríamos afirmar que el pensamiento psicosocial se ha integrado de manera heurística a las diversas corrientes del pensamiento posmoderno de tal manera que si no se tiene un conocimiento de la historia del pensamiento psicosocial muy difícilmente podrá ser reconocido a pesar de que lo estemos utilizando en la cotidianidad de nuestro ejercicio profesional.

En el caso colombiano podríamos hacer un ejercicio investigativo sobre las maneras como se ha ido configurando una mirada particular del pensamiento psicosocial que nos permitiría reflexionar sobre el lugar en que se encuentra el país en su relación con el desarrollo del pensamiento

psicosocial en occidente. Igualmente nos permitiría comprender el papel que han jugado las instituciones universitarias en la formación de los psicólogos sociales, comunitarios y políticos. Por tal motivo invito a abrir una conversación con la comunidad de psicólogos sociales y comunitarios para establecer la situación del pensamiento psicosocial en Colombia y adoptar estrategias que busquen la aplicación de este conocimiento para la solución de los urgentes problemas que aquejan a la población.

Referencias Bibliográficas.

Alzate, F. y Arango, L.M. (2008). Estado del arte de la psicología social en Colombia, 1970-2004. Fundación Universitaria Luis Amigó. Medellín.

Ander-Egg, E. (1990): Repensando la Investigación-acción participativa. Servicio Central de Publicaciones del Gobierno Vasco. Victoria-Gasteiz.

Arango,C. (1995): El rol del psicólogo comunitario en la Comunidad Valenciana. Tesis Doctoral. Universidad de Valencia. Valencia.

Arango, C. (2003): Los vínculos afectivos y la estructura social. Investigación y Desarrollo. Vol. 11 Nº 1 de Julio 2003 ISSN 0121 – 3261

Arango,C. (2006) Psicología Comunitaria de la Convivencia . Programa Editorial. Universidad del Valle. ISBN: 958-44-0239-4. Cali.

Arango, C. y Campo, D. (2000): Educación para la convivencia en contextos comunitarios. Informe de investigación. Universidad del Valle-COLCIENCIAS. Santiago de Cali.

Arango, C. y Campo, D. (2004): Redes sociales para la convivencia familiar. Informe de investigación. Universidad del Valle – EDUPAR – Plan Internacional. Cali.

Arango, C., Campo, D, y otros. (2002). Pedagogía para la convivencia y la democracia. Modelo EDUPAR. Artes Gráficas del Valle Ltda. Cali.

Bandura, A.(1978): “Self-efficacy: Toward a unifying theory of behavioral change” Advances in Behavioral Research and Therapy, I, 139-161.

Basaglia, F. (1970): La Institución Negada. Barral Editores S.A., Barcelona

Bateson, G. (1972): Doble vínculo y esquizofrenia. Ediciones Carlos Lohlé. México.

Bateson, G.(1985) Pasos hacia una ecología de la mente. Ediciones Lohlé-Lumen. Buenos Aires.

Berger, P. y Luckmann, T. (1968): La construcción social de la realidad. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Blanco, A. (1995) Cinco tradiciones en la psicología social. Madrid. Morata.

Blanco, A. (1998): Psicología de la Liberación. Editorial Trotta. Valladolid. pp.15).

Blanco, A. y Díaz,D. (2004) Bienestar social y trauma psicosocial: una visión alternativa al trastorno de estrés protraumático. Clínica y Salud, 2004, vol. 15 nº. 3 - Págs. 227-252. ISSN: 1135-0806

Blumer,H. (1982): Interaccionismo simbólico: perspectiva y método. Ed. Hora. Barcelona.

- Buelga,S., et. al. (2009): Psicología Social Comunitaria. Ed. Trillas. México.
- Capra, F. (1998): La trama de la vida. Ed Anagrama. Barcelona.
- Cooper, D. (1967): Psiquiatría y antipsiquiatría. Tavistock Publications, Londres. En español: Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972.
- Crespo, E. (1995). Introducción a la psicología social. Madrid: Editorial Universitas.
- Crítica y Política en Ciencias Sociales (1976) Tomos I y II. Editorial Punta de Lanza. Bogotá.
- Cooley, C.H. (1902) Human nature and the social order. New York, Scribner's.
- De Shutter, A. (1981): Investigación participativa: Una opción metodológica para la educación de adultos. CREFAL, Patzcuaro.
- Deleuze, G. y Guattari, F. (1974): El Antiedipo: Capitalismo y Esquizofrenia. Barral Editores. Barcelona.
- Dent, N. (2005). Rousseau, Nueva York: Taylor and Francis Group.
- Denzin, N.K. (1991): Images of posmodernism. Londres. Sage.
- Domenech, M. y Ibañez,T. (1998) La Psicología Social como crítica. Anthropos, N° 177, pag 13.
- Durkheim, E. (1951) Suicide: A study in sociology. New York: Free Press.
- Dussel, E. (1974): Método para una filosofía de la liberación. Ediciones Sígueme. Salamanca.
- Dussel, E. (1977): Filosofía de la liberación. Edotirial Nueva América. Bogotá.
- Elkaim, M. (2006) Prefacio del libro. Gergen, K. (2006) Construir la realidad. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Esterson, A. (1970): Dialéctica de la Locura. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Fabregas,J.L. y Calafat, A. (1976) Política de la psiquiatría. Editorial Zero. Madrid.
- Fals-Borda, O. (1959): Acción comunal en una vereda colombiana. Universidad Nacional de Colombia. Monografías Sociológicas. Bogotá.
- Fals-Borda, O. (1979). El problema de como investigar la realidad para transformarla. Por la praxis. Ediciones Tercer Mundo. Bogotá. (pag. 29)
- Fals-Borda, O. (1990): La investigación: Obra de los trabajadores. En: La Investigación Participativa. Dimensión Educativa. Bogotá.
- Farish, R.E. y Dunhan, W. H. (1939) Mental disorders in urban areas. University of Chicago Press. Chicago.
- Fernández, C. (2003) Psicologías sociales en el umbral del siglo XXI. Editorial Fundamentos. Madrid.
- Fernández, P. (1987): Teoría y método de la psicología política latinoamericana. Tomado de La Psicología Política Latinoamericana. Coord. Maritza Montero. Editorial PANAPO. Caracas.

Fernandez, P. (2019): Prólogo de: Ocampo y Suarez (2019) Psicología social en Colombia. Teorías, aprendizajes y experiencias desde el campo. Colegio de Psicólogos. Bogotá. (pag. 14.)

Foucault, M. (1977): Vigilar y Castigar. Ed. Siglo XXI. México.

Foucault, M. (1979): Verdad y Poder. Entrevista con m. Fontana en rev. L'Arc, Nº 70

Freire, P. (1973): El mensaje de Paulo Freire: Teoría y Práctica de la liberación. Ed Marsiega. Madrid.

Freire, P. (1974): Pedagogía del oprimido. 13ª Ed. Siglo XXI Editores S. A.

Freire, P. (1976): La educación como práctica de la libertad. México: Siglo XXI Editores, 1976.

Himmelstand, U. (1978): La Investigación acción como Ciencia Social Aplicada: valor científico, benéficos prácticos y abuso. En: Crítica y Política en Ciencias Sociales, Ed. Punta de Lanza, Bogotá.

Garfinkel, H. (1967): Studies in ethnomethodology. Englewood Cliffs. Prentice-Hall.

Garfinkel, H. y Sacks, H. (1979): On formal structures of practical action, en J.C. McKinney y E.R. Tiryakian (eds) Theoretical Sociology, Perspectives and Development. Nueva York, Appleton-Century Crofts, pp. 337-366.

Gergen, K. (1973) "Social Psychology as History". Journal of Personality and Social Psychology. 26: 309-320.

Gergen, K. (2006): Construir la realidad. Ed. Paidós. Barcelona.

Goffman, E. (1959) Presentation of self in every life. New York. Doubleday. (Ed. Castellano. La presentación del yo en la vida cotidiana. Buenos Aires: Amorrortu. 1971.

Goffman, E. (1972): "Asilos. Ensayo sobre la situación social de los enfermos mentales" Buenos Aires. Amorrortu. 1972.

Goffman, E. (1963): "Stigma. Notes on the management of spoiled Identity. Englewood Cliffs.

Goodstein, L. y Sanders, I. (1978): Using psychology to promote human welfare: A conceptual analysis of the role of Community Psychology. American Psychologist, 33, 882-892.

Gracia, E., Herrero, J. y Musitu, G. (1995): Apoyo social. PPU. Barcelona.

Habermas, J. (1985): Teoría de la acción comunicativa. Editorial Taurus. 1987. Madrid.

Ibañez, T. (1994) Prólogo de: Montero, M. (Coord) Construcción y Crítica de la psicología social. Anthropos editorial. Barcelona.

Ibañez, T. (2001): Psicología Social Construccionalista. Ed. Universidad de Guadalajara. México.

John Harold Vásquez, J.H. y Molina. (2018) Los usos tautológicos de lo psicosocial en los procesos de intervención en Colombia. Perspect. Psicol. / ISSN: 1794-9998 / Vol. 14 / No. 2 / 2018 / pp. 309-320.

Kant, E. (1989) ¿qué es Ilustración?, Madrid, Tecnos.

Laing, R. D. (1971) Experiencia y alienación en la vida contemporánea. Buenos Aires: Editorial Paidós.

- Laing, R. D. (1974): El cuestionamiento de la familia. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- Laing, R. y Cooper, D. (1973): Razón y Violencia: Una década de pensamiento sartreano. Ed. Paidós. Buenos Aires.
- Laing, R. y Esterson, A. (1967): Cordura, Locura y Familia. Fondo de Cultura Económica. México.
- Lefcourt, H.M. (1976): Locus of control: Current Trends in Theory and Research. Hillsdale, Erlbaum.
- Lefcourt, H.M. (1981) Research in Locus of control. Nueva York, Academic Press.
- Lewin, K. (1946): Action research and minority problems. Journal of Social Issues, 2, 34-46.
- Lyotard, J.F. (1989): La Condición Posmoderna. Madrid. Cátedra.
- Martín-Baro, I. (1989) Sistema, grupo y poder. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (2003). Poder, ideología y violencia. Madrid: Trotta.
- Marx, C. (1859) Contribución a la crítica de la economía política. Obras escogidas (Pag 186) Citado por: Sabine, G. (1945) Historia de la teoría política . Fondo de Cultura Económica. México. (pag. 559).
- Mckenzie, R. (1926): The ecological approach to the study of the human community, en R. Park y E. Burgess (comps.). The City. Chicago, University of Chicago Press.
- Mead, G. H. (1982). Espíritu, Persona y Sociedad. Barcelona, Paidós.
- Molano, A. (1978): Introducción. En: Crítica y Política en Ciencias Sociales, Ed. Punta de Lanza, Bogotá.
- Montero, M. (1982): "La psicología comunitaria: orígenes, principios y fundamentos teóricos". Boletín de AVEPSO, V (1), 15-22.
- Montero, M. (1984) "La psicología comunitaria: orígenes, principios y fundamentos teóricos". Revista Latinoamericana de Psicología, 16 (3), 387-399.
- Montero, M. (1991) "Perspectiva de la Psicología Comunitaria en América Latina. Psicología, XV (1-2), 91-105.
- Montero, M. (1994) Un paradigma para la psicología social. Reflexiones desde el quehacer en América latina. En: Montero, M. (coord.) (1994) Construcción y crítica de la psicología social. Ed. Anthropos. Barcelona.
- Montero, M. (2004). Introducción a la psicología comunitaria: Desarrollo, conceptos y procesos. Editorial Paidós. Buenos Aires.
- Moscovici, S. (1970): Prefacio a: D. Jodelet; Ph. Besnard (1970): La Psychologie Sociale, une discipline en mouvement. Paris. Mouton.
- Moser, H. (1978): La Investigación acción como Nuevo Paradigma en las Ciencias Sociales. En: Crítica y Política en Ciencias Sociales, Ed. Punta de Lanza, Bogotá.
- Musitu, G. y Buelga, S. (2009): Psicología Social Comunitaria. Ed. Trillas. México.

Ovejero, A.(1988). La psicología social. Una disciplina en busca de su identidad. Oviedo. Servicio de publicaciones de la Universidad de Oviedo.

Ovejero, A. (1999): La nueva psicología social y la actual posmodernidad. Universidad de Oviedo. Citado en Fernández, 2003, pag 60.)

Park, R. & Burgess, E. (1926) (Eds.). The City. University of Chicago Press. Chicago.

Rahmann, M. A. y Fals-Borda, O. (1988): Romper el monopolio del conocimiento: Situación actual y perspectivas de la Investigación-Acción Participativa en el mundo. Análisis Político. Nº 5. Sept. - dic. Universidad Nacional. Bogotá.

Ríos, L.A. (S.F.): El urgente cambio del viejo paradigma. <https://www.monografias.com/trabajos94/urgente-cambio-del-viejo-paradigma/urgente-cambio-del-viejo-paradigma>.

Rommetveit, R. (1976): On the Architecture of intersubjectivity, en: L.H. Strickland, F.E. Aboud. K.J.Gergen Eds.

Rottelli, F., De Leonardis, O. y Mauri, D. (1986): Desinstitucionalización, otra vía: La reforma psiquiátrica italiana en el contexto de Europa occidental y de los "países avanzados". Servicios Psiquiátricos de Trieste. Material Mimeografiado.

Rousseau, Jean-Jacques (1959-1995). Œuvres complètes [Obras completas] (5 volúmenes). Bibliothèque de la Pléiade (en francés). París: Gallimard.

Rotter, J.(1966): Generalized expectancies for internal versus external control of reinforcement. Psychological Monographs, 80 (1), Nº 609 completo.

Sánchez Vidal, A. (1991): Psicología Comunitaria. Bases conceptuales y métodos de intervención. PPU. (2d.Ed.). Barcelona.

Sanguinetty, V.Y.(1981): La Investigación Participativa en los procesos de desarrollo de América Latina. Revista de la Asociación Latinoamericana de Psicología Social. Vol. 1, Enero-Junio.

Sangrador, J. L. (1999) Proyecto docente para el concurso de acceso al cuerpo de catedráticos de Universidad. Mimeo. Madrid, p 154-155. Citado por Fernández, 2019, pag. 257.

Sarabia, B. (1983): Limitaciones de la psicología social experimental. Necesidad de nuevas perspectivas. En: Stryker, S.y Cols. (1983) Perspectivas y contextos de la psicología social. Editorial Hispano Europea. Barcelona.

Sartre, J. P. (1963): Crítica de la Razón Dialéctica. Editorial Losada S.A., Buenos Aires.

Schutz, A. (1962, 1964) Collected papers, vol.1. La Haya. Martinus Nijhoff (trad esp. El problema de la realidad social. Buenos Aires, Amorrortu.

Seligman, M. (1975): Helpless on Depression, development and death. Freeman. San Francisco.

Shibutani,T. (1961): Sociedad y Personalidad. Una aproximación Interaccionista a la Psicología Social. Buenos Aires. Paidós.

Stryker, S. (1983): Tendencias teóricas de la psicología social: Hacia una psicología social interdisciplinar. En: Stryker, S. y Cols. (1983) Perspectivas y contextos de la psicología social. Editorial Hispano Europea. Barcelona.

Suárez, R. y Ocampo, M. (2019): La psicología social en Colombia. El papel del psicólogo social en la realidad contemporánea colombiana. Colegio de Psicólogos. Bogotá.

Szasz, T. (1970): Ideología y enfermedad mental. Amorrortu Editores. Buenos Aires.

Thomas y Thomas (1928) Thomas, W. I. (2005). La definición de la situación. CIC. Cuadernos De Información Y Comunicación, (10), 27 - 32.

Thomas, W. & Znaniecki, F. (1920): The polish peasant in Europe and America. New York: Alfred A. Knopf.

Tonnies, F. (1887-1979) Comunidad y Asociación. Barcelona, Edición 62, S.A.

Torregrosa, J.R. (1974): Teoría e investigación en psicología social actual. Madrid. Instituto de la Opinión Pública.

Torregrosa, J.R. (1985): Sobre el concepto de psicología social. Boletín de psicología, 8. Pp.9-22.

Touraine, A. (1978): Mayo del 68: Diez años después. El Viejo Topo, Nº 20.

Vygotsky, L. (1987). Pensamiento y Lenguaje. En: Vygotsky, L., Problemas de Psicología General. Obras Escogidas. Editorial Pedagógica. Madrid.

Weber, M. (1949): La ética protestante y el espíritu del capitalismo. Barcelona /Península.

Wretsch, J. (1988): Vygotsky y la formación social de la mente. Ed. Paidós. Barcelona. (pag 11.)

Watzlawick, P. y otros. (1973): Teoría de la comunicación humana. Editorial Tiempo Contemporáneo. Buenos Aires.

Wittezaele, J.J. y García, T. (1994): La escuela de Palo Alto. Ed. Herder. Barcelona.